



FUNDANDO PUEBLOS

FARMACEUTICOS PIONEROS QUE ACOMPAÑARON LA FUNDACION DE PUEBLOS Y CIUDADES ARGENTINAS

PRONOMEVANI - LA PROFESION FARMACEUTICA ARGENTINA



Con el auspicio de la
Confederación
Farmacéutica Argentina



Laboratorios
MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

**HISTORIA DE LA FUNDACION DE
PUEBLOS Y CIUDADES DE LA
REPUBLICA ARGENTINA Y DE LOS
FARMACEUTICOS PIONEROS QUE
ACOMPAÑARON SU FUNDACION**

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA

SUMARIO

SANTA FE

06 - Hitos de una larga tradición farmacéutica

10 - De la misma época

15 - Desde la fundación

20 - La Botica del Estado

22 - Datos históricos

RIO CUARTO

24 - Un caballo en la pista del primer boticario

29 - La Botica del Pueblo

32 - Otras farmacias pioneras

37 - Datos históricos

NEUQUÉN

38 - Poblar el desierto

43 - Rumbo a Bariloche pero seducido por Neuquén

46 - Otras que acompañaron

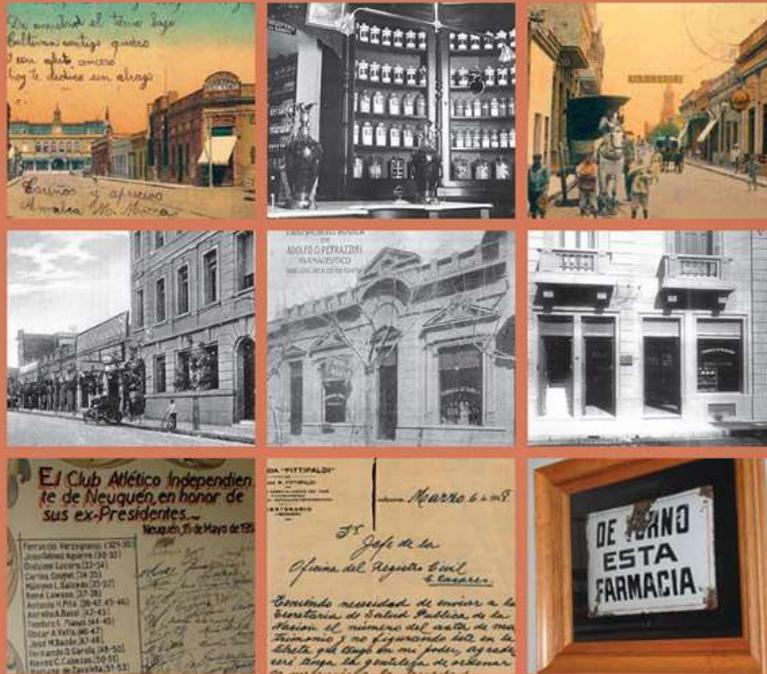
46 - Esposos y colegas

49 - Pócima fatal

50 - Plantas mágicas

50 - A sólo 100 kilómetros en Cutral Có

51 - Datos históricos



QUIÉNES HACEN "FUNDANDO PUEBLOS"

Investigación histórica, redacción de artículos y edición

María Masquelet y Ricardo López Dusil.

María Masquelet está graduada en Letras (Universidad de Buenos Aires) y se dedica a la docencia universitaria y al periodismo. Actualmente, se desempeña como editora en el diario La Nación, donde trabaja desde hace 17 años.

Ricardo López Dusil ejerce el periodismo desde 1977. Ha trabajado durante 22 años en el diario La Nación, de los cuales los últimos 12 años se desempeñó como editor de Internacionales. Actualmente colabora en diversos medios nacionales y extranjeros, entre ellos la cadena televisiva norteamericana CNN.

Colaboró en este número:

Raquel Saralegui, investigación histórica y redacción de la nota de Neuquén.

Diseño Gráfico

Guillermo Tornay

Guillermo Tornay es egresado de Bellas Artes. Desde hace más de 30 años se ha especializado en diseño gráfico. En 1990 decide radicarse en España donde ha desarrollado una exitosa carrera profesional.

Fotografías actuales

Ricardo López Dusil / María Masquelet

Impresión

Gráfica Eco

Idea, desarrollo, producción general y patrocinio

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.

Publicación periódica de entrega gratuita distribuida por LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S. A.
Virrey Cevallos 1625/27 C1135AAI
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
República Argentina
Teléfonos y Fax (011) 4304-4524

LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A. se reserva el derecho de publicar gratuitamente todo material que reciba en forma espontánea. El material recibido queda en poder de la empresa salvo acuerdo específico sobre la utilización del mismo. En caso de reproducción total o parcial debe mencionarse su origen y a LABORATORIOS MONSERRAT Y ECLAIR S.A.

EDITORIAL

Agradezco profundamente a Laboratorios Monserrat y Eclair S.A. el poder expresar mis sentimientos sobre nuestra Asociación Civil de Historia de la Farmacia.

Comencé a participar en la entidad desde las primeras jornadas que se realizaron en distintas ciudades de nuestro país, bajo la dirección de la profesora de Historia, Legislación Farmacéutica y Deontología, Dra. María Matilde Di Natale de González Lanuza, recordada docente de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA.

En dichas jornadas, acompañada por mi esposo y colega, el doctor Arturo Caivano, fuimos conociendo a nuestros antecesores, sus trabajos, sus necesidades, sus glorias, sus desvelos, y también disfrutamos del compañerismo de tantos colegas, con quienes compartimos propuestas y proyectos para enriquecer nuestra bien amada profesión farmacéutica, una actividad que no sólo nos ha permitido el desarrollo profesional sino también el conocimiento directo y profundo de la sociedad en la que nos desenvolvemos.

Todos los años las jornadas se dedicaron a colegas que han sobresalido, no solamente por su cultura, sino también por su capacidad como dirigentes tan importantes para el buen desenvolvimiento de nuestra profesión.

La Farmacia es un verdadero servicio de interés público, que debe ser ejercido por el profesional con dignidad y responsabilidad ante la sociedad, tal como lo han hecho muchos de aquellos admirados pioneros que fuimos descubriendo en las jornadas de historia y de cuyas vidas muchas veces nos hemos estado enterando por estos maravillosos fascículos de Fundando Pueblos que edita el Laboratorio Monserrat y Eclair.

Por último, me permito apelar a la unidad de los profesionales farmacéuticos, de manera que las diferentes ideas y los esfuerzos variados confluyan en un proyecto que beneficie a todos.

Los saludo con el mayor de los respetos.

Prof. Dra. Santa Fiannacca de Caivano
Presidente Asociación Civil de Historia de la Farmacia

SANTA FE

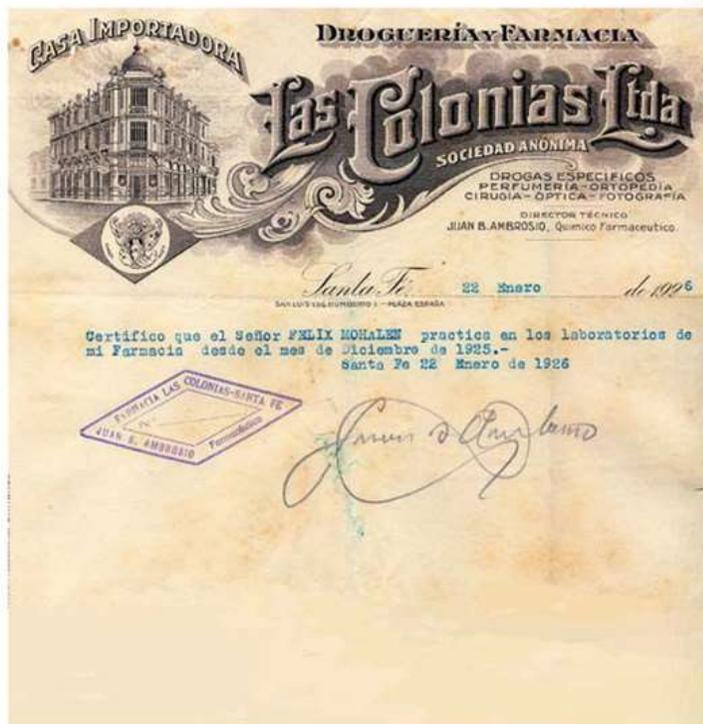
HITOS DE UNA LARGA TRADICIÓN FARMACÉUTICA

En 1904, la calle San Martín, en el centro de la ciudad, concentraba la mayor parte de la actividad comercial y varias boticas tuvieron allí sus locales (AGN).



En esos días de junio de 1980, la Municipalidad de Santa Fe dispuso restringir el tránsito en las inmediaciones de San Luis e Hipólito Yrigoyen para evitar accidentes “por obras de demolición”. Sin embargo, aunque los automovilistas se perdieron el inaudito espectáculo de la piqueta, fue imposible evitar que unos cuantos curiosos se agolparan en la plaza España, conocida desde un siglo antes como Plaza de las Carretas, para presenciar lo que parecía imposible: la reducción a escombros de uno de los edificios más bellos y emblemáticos de la ciudad, el que ocupó la histórica Farmacia Las Colonias. Aunque transcurrieron casi 26 años de ese incidente, no hay santafesino que no recuerde o que no haya recibido comentarios de la cúpula que coronaba la vieja botica. La provincia no tuvo, y seguramente tampoco tendrá, una farmacia como aquella, surgida de los tiempos pujantes de la colonización provincial, cuando oleadas de inmigrantes europeos, expulsados de sus países por la pobreza o la discriminación, comenzaron a transmutar sueños por realidades en la nueva tierra.

En 1926, Las Colonias ya era una sociedad anónima, pero Juan Ambrosio seguía conduciéndola, ya que había sido elegido presidente y director técnico de la empresa.



HITOS DE UNA LARGA TRADICIÓN FARMACÉUTICA

Las Colonias, aunque los viejos lugareños se la atribuyen a Juan Ambrosio, fue una farmacia fundada por un inmigrante italiano, visionario y empeñoso, que supuso que la zona se convertiría en una fuente de desarrollo. Alfredo Bolognini, quien había nacido en Castel Bolognese, Ravena, en 1864, había estudiado en la Universidad de Bolonia, donde se graduó de farmacéutico. Llegó a la

Argentina en 1889 y dos años después abrió la Botica de las Colonias, en un lugar estratégico: la esquina de Juárez Celman (más tarde Humberto I y luego Hipólito Yrigoyen) y San Luis, en diagonal a la Plaza de las Carretas, donde se concentraban los productos del campo llegados inicialmente en carretas y luego por el ramal ferroviario que los franceses habían instalado

para conducir la producción de las colonias del interior santafesino a la capital provincial.

Aunque lejos del centro de la ciudad, que discurría en torno de la Calle del Comercio (hoy San Martín), el Barrio del Puerto, luego conocido como Candiotti, tuvo un crecimiento vertiginoso a partir de las transformaciones económicas que se iban

dando en la provincia con la fundación de las colonias, la llegada de inmigrantes y el desarrollo espectacular de la actividad agraria. La instalación de la línea ferroviaria francesa, cuya estación central comenzó a construirse en 1884, y luego el puerto de ultramar, habilitado en 1910, fueron dándole una fisonomía cosmopolita al barrio.

El italiano Bolognini permaneció al frente de Las Colonias por diez años y, en 1901, se vendió a Juan Ambrosio por 25.000 pesos. El nuevo propietario le dio un gran impulso al establecimiento y, en 1904, la convirtió en farmacia y droguería. Para entonces, prácticamente había triplicado el capital, que según balances de la época era ya de 70.000 pesos.

En 1905, la zona padeció una de las inundaciones más importantes de su historia y Las Colonias, así como muchos otros comercios y viviendas particulares del barrio portuario, sufrió cuantiosas pérdidas. Sin embargo, el entusiasta farmacéutico siguió aportando dinero, tiempo y creatividad para mantener su establecimiento como el más surtido de toda la provincia. En 1910, con una inversión que alcanzó la friolera de los 180.000 pesos, mandó a construir el suntuoso edificio que todos recuerdan en el mismo predio en el que había funcionado el establecimiento inicial, y poco después le añadió el rubro de óptica y fotografía. Según avisos de la época, esta nueva sección disponía de un completísimo stock, en el que no faltaban *las afamadas marcas Kodak, Lumier, Gougla, Agfa y Contessa-Nettel*, así como los cristales para anteojos Punktal, Kattral, Zeiss, Novial, Lusefelli y el insuperable

Una postal de comienzos del siglo XX muestra cómo era el edificio original de Las Colonias, que se mantuvo hasta 1910, cuando fue reemplazado por el suntuoso edificio demolido en 1980. (Banco de Imágenes Florián Paucke)



Crookes, que se tallaban en el establecimiento. La firma también recibía el carey en bruto y diseñaba los anteojos a gusto de sus clientes.

Esos años iniciales del siglo XX fueron la "belle époque" de la provincia. Los ganaderos se enriquecían, los colonos progresaban, las clases populares comenzaban a tener mayor capacidad de consumo, la industria se desarrollaba y los comerciantes soñaban con un progreso indefinido.

Y si en Buenos Aires se tiraba mantecca al techo, la nueva burguesía santafesina no se quedaba atrás. En la cosmopolita plaza España, los comercios se multiplicaban a medida que los habitantes del norte de la ciudad se mezclaban con los que llegaban de las colonias y de otros pueblos del interior de la provincia. Un lugar de encuentro inevitable era el cine Paris. Su fundador, Antonio de la Mata, había dispuesto todas las comodidades necesarias para que los parroquianos pasaran allí sus horas de ocio y tanto se podía jugar al billar o al dominó en la confitería como participar de alguna de las tres sesiones diarias de películas: *Café*, en la que la entrada incluía una consumición; *Familiar*, especial para las señoritas, y *Noche*, destinada a los hombres.

En este próspero ambiente, en 1918, Las Colonias se convirtió en una sociedad anónima en la que participaron inversionistas que aportaron un millón de pesos para ampliar las actividades.

Según dicen las crónicas de la época, se eligió a Ambrosio como presidente y director técnico de la empresa por el buen

desempeño que había tenido hasta ese momento y él en persona siguió estando permanentemente detrás del mostrador.

Algunos años después, se separaron la droguería y la farmacia y Ambrosio siguió a cargo de esta última hasta mediados de la década del treinta. Una vez fallecido Ambrosio, sus sucesores le vendieron el negocio a José Rodríguez, que tiempo después compró también la droguería y reunificó la empresa originaria. Los cambios de propietarios se sucederían así durante los siguientes años hasta que, en 1973, Las Colonias cerró definitivamente.

Muchos santafesinos recuerdan todavía hoy que poco antes de la demolición del edificio se hizo la subasta de las pertenencias de Las Colonias, clasificadas en innumerables lotes que comprendían desde frascos medicinales de cristal checoslovaco y pots cerámicos de todos los tamaños, hasta el ascensor que Ambrosio había incorporado y se había impuesto entre la sociedad de las primeras décadas del siglo XX como un símbolo de la modernidad y el buen gusto.

De la misma época

El primer censo general en la provincia se realizó en junio de 1887, muy pocos años antes de la instalación de Las Colonias, e indicó que la ciudad tenía sólo tres farmacias o boticas y once médicos. Pero menos de una década más tarde, según las actas de los Servicios Sanitarios de la Guardia Nacional del 18 de mayo de 1895, que dan cuenta de los primeros farmacéuticos que actuaron en este organismo, los profesionales que estaban en la ciudad



La inundación de 1905 le provocó a los comercios y a las viviendas del barrio portuario importantes pérdidas. En la otra página, el edificio construido en 1910 con una inversión de 180.000 pesos. (Gentileza El Litoral)

ya eran varios. Manuel Irigoyen, Pedro Aldao, Dalmiro Videla, José P. Parpal, Marcos López, Leonidas Rapacioli, Ignacio Carranza y Miguel Irigoyen son mencionados en ese listado.

También para esa época, estaba instalado en la ciudad Adolfo Goupillaut, que había nacido en Montevideo en 1834, de padres franceses, y se radicó en la provincia en 1884. Según el exhaustivo trabajo de Pedro José Benet sobre los farmacéuticos que actuaron en la ciudad hacia fines del siglo XIX, Goupillaut ejerció primero en Esperanza, en donde también se dedicó a la docencia, fue Inspector de Farmacia entre 1893 y 1894 e integró una comisión con los doctores Federico Wagner y Miguel Trucco y el farmacéutico Pedro Invernizzi para combatir la epidemia de cólera de 1886. Es probable que el ya experimentado boticario dividiera su actividad entre la capital y la colonia, porque en la Guía Comercial de 1895, aparece desempeñándose en ambas ciudades.



En la ciudad de Santa Fe, la llamada inicialmente Botica Francesa, como homenaje a los ancestros de su propietario, y luego Farmacia Goupillaut, estaba ubicada en la calle Comercio 649 (hoy San Martín) y ya para 1892 trabajaba allí otro farmacéutico, el danés Kai Shoning, que se había recibido en su país, revalidó el título en la Universidad de Córdoba en 1891 y se inscribió en el Consejo de Higiene de la Provincia de Santa Fe en enero de 1893.

Benet afirma que Shoning, que fue el primer presidente de la Sociedad de Farmacéuticos de la Provincia de Santa Fe, germen del Colegio Farmacéutico, también tenía instalada una oficina de farmacia en una casa ubicada en San Martín, a mitad de cuadra, entre Mendoza y Salta, y allí atendía a una clientela prestigiosa, con un surtido importante de drogas y medicamentos de origen extranjero. Ese es justamente el lugar, en San Martín 2255, en el que va a seguir funcionando la Farmacia Goupillaut durante varias décadas, y mantuvo ese nombre a pesar de estar en manos de Shoning, que la siguió atendiendo hasta su muerte, en 1941.

En un aviso del diario Nueva Época de 1904, se anunciaba: *"Canas y caspas desaparecen usando el agua Flor de la Pampa. Se vende en Santa Fe en las farmacias Goupillaut, del señor Kai Schoning, San Martín 622 [más tarde cambió la numeración], y del Pueblo, de M. Irigoyen"*.

Esta última había sido en sus comienzos de Pedro Aldao e

Ignacio Carranza, que en la Guía de la ciudad de 1895 la promocionaban como un negocio importante: *"Farmacia del Pueblo, de Aldao y Carranza, Calle Comercio 324. Esta casa cuenta con un surtido completo de drogas, productos químicos, especialidades farmacéuticas y aguas minerales. Especialidad en artículos ingleses, alemanes y norteamericanos. Perfumería, esponjas, máquinas eléctricas e instrumentos de cirugía. Se hacen análisis de interés clínico, orina, leche, esputos. Servicio esmerado y a todas horas. Oxígeno químicamente puro. Surtido completo gránulos dosmétricos Burgraeve. Específicos del Dr. Humphreys y homeopatía. Únicos depositarios de las píldoras del Dr. Alibert"*.

Y, según el aviso de Nueva Época, en 1904 estaba en manos de M. Irigoyen, seguramente el Miguel Irigoyen mencionado en las actas de los Servicios Sanitarios de la Guardia Nacional de 1895, un profesional del que no se han conservado más datos.

La otra posibilidad es que fuera Manuel Irigoyen, que según sus descendientes no tenía parentesco con Miguel, a pesar de compartir el mismo apellido. Pero es poco probable ya que Manuel, graduado en la Universidad de Córdoba, ciudad en la que había nacido, tenía para esa época la Farmacia Irigoyen. Con anterioridad, había estado al frente de la Oficina Química Municipal, desde el 3 de enero hasta el 9 de agosto de 1893, y a mediados de esa década, instaló la Farmacia Colón, en San Gerónimo esquina Mendoza, que trasladó a principios del siglo XX a San Martín esquina Buenos Aires, donde le cambió el nombre. Allí se desempeñó

Una de las farmacias de comienzos del siglo XX, cuando la fundación de las colonias y la llegada de inmigrantes hizo que se desarrollara intensamente el comercio de la ciudad. (Banco de Imágenes Florián Paucke)



hasta 1917, año en el que le vendió la farmacia al farmacéutico José María Soler.

Manuel Irigoyen tuvo, además, una destacada actuación política que lo llevó a ser intendente municipal de 1904 a 1907, y así participar del importante crecimiento que tuvo la ciudad en los primeros años del siglo XX. Entre las obras más importantes de su gestión, se cuentan la construcción del edificio de la Asistencia Pública, la creación del Jardín Botánico y del Parque Oroño y el trazado del camino carretero de Santa Fe a Santo Tomé.

Otro boticario prestigioso de la época es José Vicente Parpal, quien, en la Guía de la ciudad de 1895, ya promocionaba sus dos locales: *"1ª Farmacia Parpal. Rioja 172. Frente a la Iglesia del Carmen - 2ª Farmacia Parpal. San Gerónimo esquina Córdoba"*. Y aprovechaba el aviso para aconsejar: *"A las familias se les recomienda el Tónico Argentino preparado especial por un procedimiento nuevo, compuesto de fierro, quina e hipofosfitos. Con sólo dos cucharadas de este tónico se hace un litro de excelente vino de quina ferruginoso alimenticio y reconstituyente, especial para las personas débiles y convalescientes de cualquier enfermedad"*.

Parpal, que se había graduado en la Universidad de Córdoba en 1887, fue profesor de Química en la Escuela Normal Nacional de Maestros y también uno de los organizadores de la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santa Fe, que se creó en 1911. De sus dos establecimientos, el primero se lo vendió a José R. Beleno y se quedó con el segundo, en el

que trabajó hasta poco antes de morir, en 1936. Este último tiene una curiosa particularidad: estubo siempre en San Gerónimo y Córdoba (hoy Juan de Garay), pero pasó por las cuatro esquinas a través del tiempo. El edificio definitivo en el que estubo desde aproximadamente 1920 hasta su cierre había sido construido en 1905, todavía hoy se conserva y fue declarado patrimonio histórico arquitectónico santafesino.

En cuanto a la 1ª Farmacia Parpal, pasó a manos de Beleno, como consta en el documento que dice: *"Recibí del Sr. José R. Beleno, la suma de doce mil ochocientos noventa y tres pesos en la siguiente forma: cinco mil ciento sesenta y cuatro pesos curso legal con sesenta y un centavo en efectivo y dos pagarés por tres mil ochocientos sesenta y cuatro pesos con sesenta y un centavo de curso legal, importe de la venta de la Primera Farmacia Parpal, Rioja 172, al Sr. José R. Beleno. José Vicente Parpal"*.

Beleno atendió la farmacia de La Rioja 172 durante unos pocos años y luego se trasladó a San Martín, entre La Rioja y Tucumán. Además, se volcó con pasión a la fotografía, en la que se destacó como uno de los pioneros de la actividad en la provincia y también le quedó tiempo para dedicarse a la docencia universitaria y, en 1917, llegó a ser decano de la Facultad de Farmacia.

Por su parte, Leonidas Rapiacoli fue junto con Bolognini el iniciador de la actividad

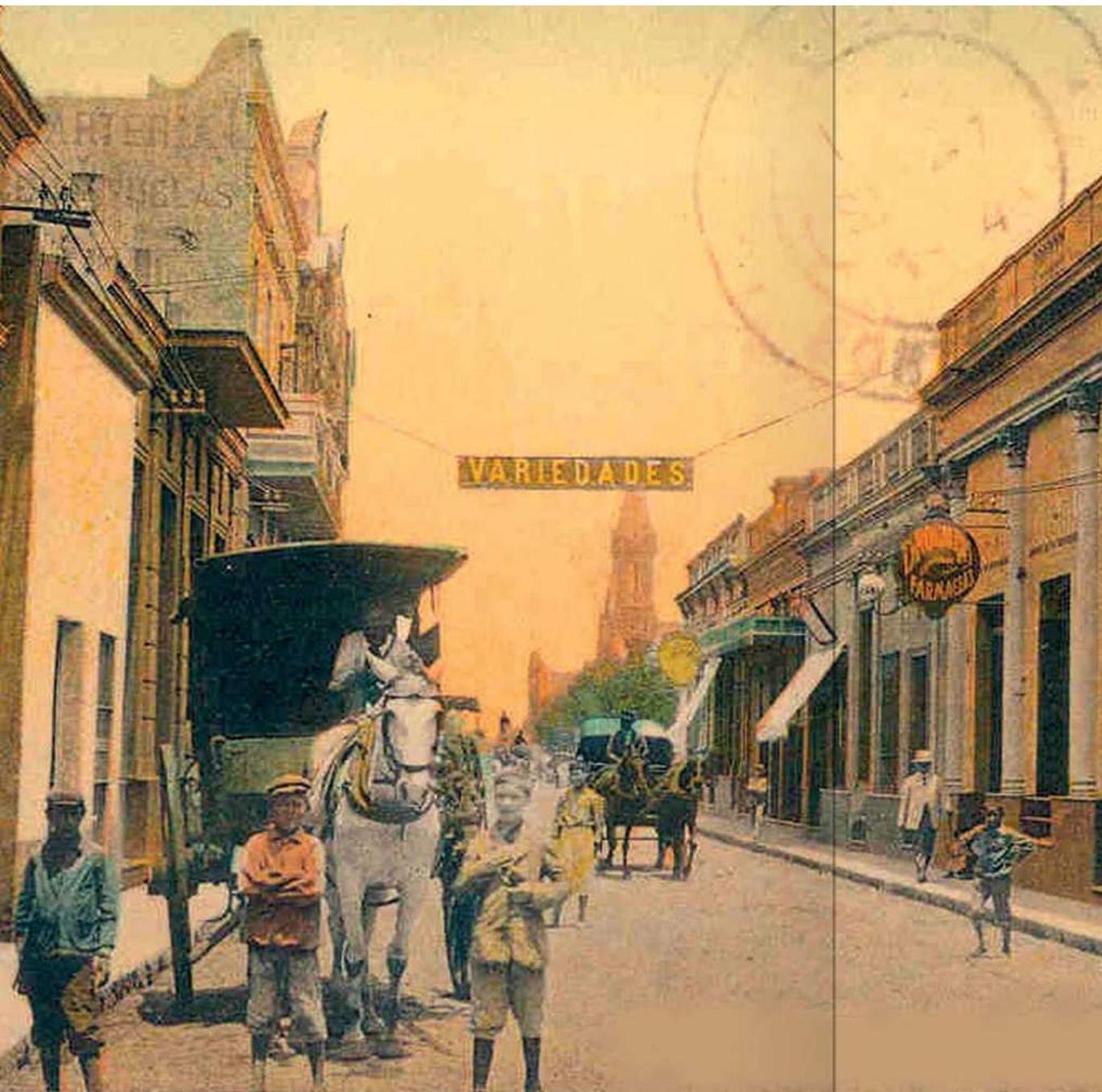


La Botica Francesa, de Adolfo Gouppilaut, estaba ubicada en la calle Comercio 649 (hoy San Martín) y empezó a funcionar a mediados de la década de 1880. (Banco de Imágenes Florián Paucke)



Dos imágenes de 1935 de la Farmacia del Pueblo, en Alvear y Balcarce. Arriba, posan Leonides Vallejos, su propietario, y un empleado. Abajo, se puede apreciar la cuidada decoración de la farmacia. (Banco de Imágenes Florián Paucke)





Una postal de comienzos del siglo XX muestra la calle San Gerónimo, una de las que contaba con más actividad por aquellos años, junto con la calle Comercio. (Banco de Imágenes Florian Paucke)

farmacéutica en el barrio Candiotti, ya que después de tener farmacia y laboratorio en San Gerónimo, entre Rioja y Catamarca, se mudó a Ituzaingó, entre Las Heras y Alvear.

Otra farmacia recordada es la que Dalmiro L. Videla puso en San Martín esquina Rioja y que luego se transformó en droguería. Estaba muy bien instalada y tenía una importantísima biblioteca, de la que una parte pasó a integrar en 1921 la biblioteca de la Farmacia Benet, de Pedro José Benet, un profesional que dedicó su vida a la actividad, tanto desde la docencia como desde la pasión por recuperar la historia de las viejas boticas de su ciudad.

Desde la fundación

Pero la historia de la profesión en Santa Fe se remonta a varios siglos antes. El primer boticario que pisó suelo santafesino fue Diego Núñez, expedicionario que llegó con Sebastián Gaboto y, seguramente, administró las medicinas y atendió a los pobladores del fuerte Sancti Spiritu, durante más de dos años, desde la fundación, en junio de 1527, hasta el final, cuando los indios calchaquies incendiaron y destruyeron totalmente el poblado.

Muchos años pasaron hasta que un nuevo "boticario de profesión" es mencionado, ya en lo que hoy es la ciudad de Santa Fe. En marzo de 1754, aparece un sujeto oriundo de Asunción que solicita que se obligue a Juan Coll, quien se hacía llamar "doctor", a que pagara sus deudas. Como Coll, que había dejado la capital paraguaya escapando de sus acreedores, no tenía bienes para satisfacer el reclamo, ofreció las medicinas

Las niñas a la salida del colegio, en la Avenida Rivadavia, en 1904. La imagen muestra también la plaza España, ex Plaza de las Carretas, frente a la cual se encontraba en esa época la Farmacia Las Colonias. (AGN)



que usaba para su oficio, que -según la documentación de la época- "serán tasadas por un boticario de profesión". Y para esa función fue designado el catalán Marciano Xambó, justamente por cumplir con el requisito de desempeñar esta actividad. Poco se sabe de la actuación de Xambó, pero algunos historiadores consignan que, en 1767, Xambó presentó ante el Cabildo sus títulos de médico y farmacéutico y que estuvo varios años en la ciudad.

Más conocida es la labor que desempeñaron religiosos

como fray Carlos Antonio de los Ángeles, fray Agustín Domínguez, fray Atanasio de la Piedad y el hermano jesuita Almedina, que alternaban las profesiones de médicos y boticarios.

No deben de haber sido tiempos fáciles para esta tarea, como se puede inferir de lo que le sucedió a fray Atanasio, médico portugués de la orden de los franciscanos, a quien, en 1772, el Cabildo le había encargado que administrara los medicamentos para los pobres. Él mismo se ocupaba de hacerlos traer de Buenos Aires,

de las boticas de Pedro Ochoa de Amarita y de Ángel Castelli, pero debía reclamar con frecuencia que el Cabildo le diera el dinero para pagarlos. Al tiempo, quizá cansado de tantos reclamos sin respuesta y de ser un eterno deudor de las farmacias porteñas, decidió poner fin a la actividad. La liquidación que presentó ante las autoridades permite conocer el recetario del franciscano, que incluía, entre muchas otras cosas, "maná, polvos de Juanes, emplasto de ranas, aceite dulce sin fuego (aceite de oliva), espíritu de cuerno de ciervo sucinado,

pedra infernal y pez griega". Y también usaba sustancias de la medicina popular, ya que en un pedido al Cabildo afirma que necesita más medicamentos porque no le alcanzan los que él mismo prepara con los productos extraídos de animales y plantas.

Algunos años después va a llegar a Santa Fe Felipe Reynoso, un boticario laico, con probada experiencia y que cumplirá un papel importante en la fundación del primer hospital. Había nacido en Génova, en 1755, y de allí se trasladó a Madrid, en donde adquirió conocimientos y práctica en la botica de don José López. De allí, viajó a Montevideo, trabajó dos años en la botica de Antonio Zamorano y, luego, dio un examen de teoría y práctica y obtuvo su título, el 8 de agosto de 1783. Dos años después de recibirse, se fue a España y regresó a Montevideo con su esposa, Inés de Mata, su hijo Francisco y un sobrino, Juan Antonio Fernández, y entre su equipaje se destacaban varios cajones con medicinas.

Al poco tiempo, la familia Reynoso se muda a Buenos Aires y el farmacéutico trabaja en el Hospital de Mujeres, hasta que, en 1790, se traslada a Santa Fe y pide autorización al Cabildo para poner botica en la ciudad. Al obtener una respuesta favorable, se instala en el ex Colegio de los Jesuitas, y sólo dos meses más tarde comienza a reclamar ante las autoridades para que se prohíba la venta de medicamentos en tiendas y pulperías, práctica común en pueblos en los que no había botica. Y también este pedido es aceptado, ya que el Cabildo, en la sesión del 13 de diciembre resuelve que "los sujetos

OTRAS HISTORIAS
Antes de irse definitivamente a vivir a Francia, el escritor Julio Cortázar, autor de Rayuela, Bestiario, Modelo para armar y Final de juego, entre otras obras geniales, dio clases en distintas ciudades de la Argentina. Cuando tenía 26 años, llegó a Chivilcoy, donde trabajó durante cinco años en la Escuela Normal. Durante su estada, Cortázar se alojó en la pensión Varsilio, que quedaba en un edificio que luego fue remodelado y la habitación donde él vivió se transformó en el despacho de una farmacia sindical.

que se emplean públicamente en curar en esta ciudad y vender medicinas sin hallarse con la suficiente inteligencia proveerá este Cabildo lo que correspondía, luego que el Farmacéutico Dn. Felipe Reynoso los nomine como se lo tiene mandado".

Muy celoso de su profesión, Reynoso no se mostraba tan respetuoso de las ajenas, ya que ejercía la medicina sin hacerse demasiado problema, según se puede inferir por el agradecimiento de algún vecino de la época que se mostraba feliz por la curación que le había ofrecido el boticario. Tal el caso de Pedro Barbara Gaviola que le prestó a Reynoso en hipoteca 1000 pesos para que comprara lo necesario para abrir una botica, luego de que el farmacéutico había sido embargado por una ejecución proveniente de Buenos Aires. Gaviola, que había sido "curado" de su hidropesía -por la que falleció pocos meses después- decía que el préstamo era no sólo una muestra de agradecimiento sino también porque el incidente que afectó a Reynoso dejaba a "la ciudad y sus enfermos sin el socorro de las medicinas que necesitan para curarse, y del boticario único de profesión que sabe disponerlas y administrarlas".

Sin dudas, Reynoso era un hombre inquieto y con iniciativa. En 1790, junto con Manuel Rodríguez, médico que tuvo una destacada actuación años después, en 1813, en la atención de los heridos de la batalla de San Lorenzo, presentó una propuesta para fundar un hospital. El informe elevado al Cabildo detallaba lo que se requería para iniciar un pequeño establecimiento con seis camas: "Se necesitan

OTRAS HISTORIAS
 Durante la Primera Guerra Mundial, la imposibilidad de importar el material necesario para las monedas de cinco centavos hizo que éstas escasearan en Buenos Aires. Para paliar este inconveniente, se usaban estampillas de correo de cinco centavos que se deterioraban rápidamente al pasar de mano en mano. La Farmacia Franco Inglesa solucionó el problema con una serie de fichas de aluminio en la que estaba pegada la estampilla y cubierta por una película de celuloide que la preservaba de la suciedad. Los clientes podían usar estas piezas en futuras compras o juntarlas y cambiarlas por dinero en efectivo.



6 colchones, 6 almohadas, 2 pares de sábanas de lienzo para cada cama, 6 bacinicas de metal, un servicio con su caja correspondiente, 2 tinas para baño, 6 tazas con 6 platos de peltre, 1 par de tinajas para agua y una tina chica para sangrías, una silla, dos palmariorias y una araña de fierro con 3 candilejas, 6 jarros de hojalata, una docena de vasos de cristal, 6 frascos de hojalata, una docena de vasos de cristal y 6 frascos. Un cocinero, 2 enfermeros y una lavandera, 2 ollas de fierro, un sangrador, una pieza para vendajes y un Padre Capellán”.

Enviado el pedido a Buenos Aires para su aprobación, no tuvo éxito en esa primera instancia. Recién en 1793, con una donación testamentaria de un vecino de Coronada y el fruto de algunos diezmos reservados, el Cabildo concretó el proyecto anterior y estableció un hospital en la parte posterior de Colegio de los Jesuitas. Sin embargo, no pudo funcionar mucho tiempo. Cuando la Junta Superior de Temporalidades se enteró de la instalación de este hospital, ordenó su inmediata clausura, lo que se cumplió tardíamente, después de casi un año, en marzo de 1794.

Luego de muchas idas y venidas, el hospital definitivo de la ciudad fue el de la Concepción o de Belén, a cargo de los belemitas, que se inauguró en 1823. Sin farmacéutico ni boticario que administrara los medicamentos, algunos de los remedios que se utilizaban allí eran: ojos de cangrejo, piedra infernal, emplasto de ranas, flor de violetas, ruibarbo y trementina, entre otros.

En la otra página, una imagen de la calle San Martín (ex Comercio), en 1935, donde se puede ver el cartel de la Farmacia Goupillaud, heredera de la Botica Francesa. Debajo, la misma calle, en 1927. (AGN)

Para esta época, Reynoso ya hacía tiempo que se había ido. A fines de 1795, volvió a Buenos Aires, a la botica del Hospital de Mujeres, donde trabajó hasta que se trasladó definitivamente a Salta, en 1797. Ante su partida de Santa Fe, el Cabildo mostró su preocupación: *“En este estado expuso el procurador de ciudad que el boticario Dn. Felipe Reynoso se halla próximo ausentarse de esta ciudad de que resulta a dicha ciudad el notable perjuicio de quedar absolutamente destituida de medicina, por a pedimento de dicho Reynoso se privó a los particulares de este socorro y toda provisión de medicina recayó en él”* y decidió que se lo intimara a quedarse tres meses más para que la ciudad tuviera tiempo de proveerse de medicamentos y a que expusiera a venta pública sus medicinas.

Con este panorama, el expendio



de remedios debe de haber quedado en una situación bastante precaria, en el mejor de los casos a cargo de los médicos y, la mayor parte de las veces, en manos de curanderos y tenderos. Por ejemplo, de Felipe Fernández no hay certezas sobre cuál fue su profesión. Pero sí se sabe que, en 1835, se le encarga al enfermero, curandero, médico o farmacéutico, la atención de la botica del hospital y el manejo del establecimiento *"bajo la dirección del médico del Estado en lo curativo"*.

Un caso aparte es el de Luis Jacinto Fontán, que se desempeñó como médico en Santa Fe durante 63 años. De padres italianos, Fontán -cuyo verdadero apellido era Fontana- había nacido en Francia y estudió Medicina y Farmacia en Génova. Como había participado de los movimientos revolucionarios contra la corona, debió huir antes de matricularse y se embarcó para América. El 1º de abril de 1824 llegó a Montevideo y abrió una farmacia, pero poco después siguió su camino y se instaló finalmente en Santa Fe, en abril de 1825. De ahí en más tuvo una destacada carrera como médico y también como farmacéutico, como prueba una carta del 2 de marzo de 1833, en la que Fontán le informa al gobernador que abrió una farmacia *"capaz de abastecer las necesidades que en este ramo podrán experimentarse"* y le pide la prohibición de la venta de medicinas por *"manos extrañas e ignorantes, en las pulperías, casas de trato y demás"*. Y otro dato que confirma esta actividad es uno de los tantos juicios en el que se vio involucrado Fontán, que -según el historiador Federico Guillermo

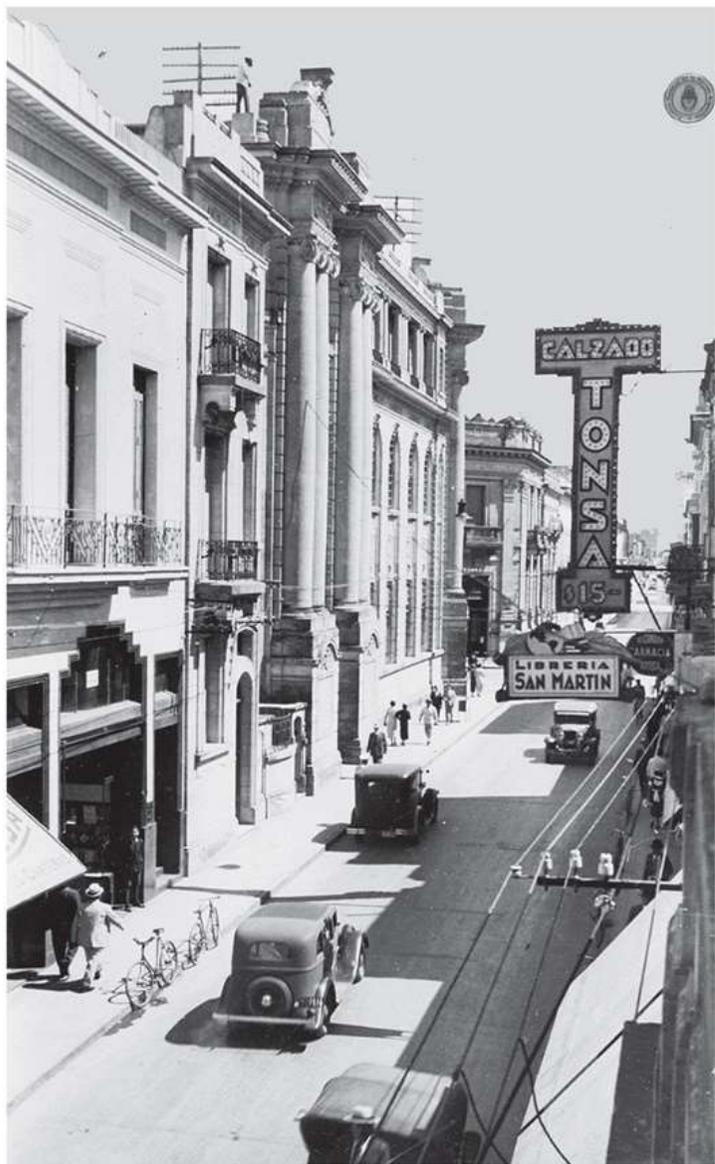
Cervera- *"poseía un carácter irascible y un genio vivo que lo arrastraron a una larga serie de pleitos"*. Uno de ellos lo enfrentó, en 1863, a José Iturraspe que lo demandó por el cobro de una deuda contraída con Antonio Demarchi, el recordado dueño de la histórica Farmacia La Estrella, de Buenos Aires.

La Botica del Estado

La situación de la actividad parece normalizarse cuando, el 4 de abril de 1851, el gobernador Echagüe dicta el siguiente decreto: *"Queda nuevamente en vigencia la resolución en que se prohíbe la venta de remedios en otras casas que no sean autorizadas en forma de Botica"*, y en los considerandos sostiene que ya no se justifica *"la venta de artículos de medicina en casas de negocios o particulares para lo que tuvo presente el gobierno esta costumbre y hallándose en la actualidad una casa Botica establecida con autorización superior"*. Esta argumentación hace entender que la instalación de una botica en la ciudad es reciente.

Es evidente que la ciudad crecía y comenzaba a necesitar mejores servicios y más comercios. En 1851, Hermenegildo Zuviría, integrante de una de las familias tradicionales de la ciudad, fundó Merengo, que todavía hoy, no muy lejos de su ubicación original, sigue siendo famoso por sus conocidísimos alfajores. Instalada frente a la actual plaza 25 de Mayo, muy cerca del Cabildo, esta especie de confitería que llevaba como nombre el apodo de su fundador, realizaba las tertulias que congregaban a las personas distinguidas de Santa Fe y, durante la Convención Constituyente de 1853, fue cita obliga-

En 1935, la calle San Martín, que por esos años concentraba buena parte de las farmacias de la ciudad. Sobre la mano derecha, se observa el cartel de la Farmacia del Cóndor. (AGH)



da para los participantes de este encuentro histórico.

A pocos pasos de allí, en la casa contigua al Cabildo, se instaló la Botica del Estado, reglamentada por un decreto del 3 de agosto de 1852 y a cargo del farmacéutico Remigio M. Pérez. El decreto establecía que la botica sería administrada *"por un facultativo de Farmacia, con el objeto de proveer a los pobres indigentes y que sirva al público a la vez; para evitar los males que se siguen a la humanidad doliente de la venta de drogas medicinales en las casas particulares y aún de los mismos facultativos en medicina"*. Debía despachar por cuenta del Tesoro Público las recetas firmadas por facultativos del Hospital de Caridad, y también las de cualquier médico de la capital, por remedios destinados a enfermos que no tuvieran dinero. Como forma de control, las recetas eran visadas por los jueces de paz o tenientes alcaldes que le agregaban la leyenda *"despáchese gratis"*. Además, el decreto establecía que los funcionarios que abusaran de su autoridad sufrirían una multa equivalente a cuatro veces el valor de lo recetado.

Dos meses después de ser nombrado, Pérez pide autorización al tesorero general de la provincia *"para introducir a esta plaza procedente de Buenos Aires y conducido por la Goleta Sentinela"*, un larguísimo listado de medicamentos que ocupa ocho páginas tamaño oficio, entre los que se encuentran sustancias como éstas: azufre en canutos, liqen de Is-

landia, polvo Dower, cola de pescado inglesa y extractos varios de opio, belladona, valeriana y cicuta. Más allá de las drogas, también recibe utensilios como morteros de vidrio, espátulas, tamicos de seda, copitas lavaojos y embudos de cristal.

No está claro hasta cuándo se queda Pérez en Santa Fe, ya que hay diferentes versiones. Parecería que sólo sigue en la Botica del Estado por un par de años y luego pone su propia farmacia en la calle San Jerónimo, en la que continúa ejerciendo hasta, por lo menos, 1859, año en que se casa con Benigna Pujato. Más tarde el matrimonio se traslada a Buenos Aires.

En tanto, la Botica del Estado habría quedado en manos de otro farmacéutico del que no se ha conservado el nombre, hasta que en 1859, Máximo López, un idóneo que había trabajado durante siete años en la botica, pide una autorización, que se le concede, para ejercer legalmente.

Durante la segunda mitad del siglo XIX se va a producir en Santa Fe un proceso de importante crecimiento económico y los profesionales no estarán ajenos a este desarrollo, y se irán instalando en la ciudad a medida que la población vaya demandado sus servicios. Así, también irán progresando las farmacias que van a ampliar cada vez más su oferta de productos y servicios, transformándose en negocios pujantes que tendrán en Las Colonias un ejemplo de progreso y modernidad.

Datos históricos

- Según algunos historiadores, Garay llamó a la ciudad Santa Fe, en referencia a la fe católica; para otros, fue en homenaje a los Reyes Católicos, defensores del cristianismo, y, de acuerdo con otras versiones, la elección estaría vinculada con la celebración de la verdadera Cruz que corresponde al Viernes Santo.

- El 15 de noviembre de 1573, Juan de Garay funda la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz en la barranca occidental del río de los Quiloazas, hoy río San Javier.

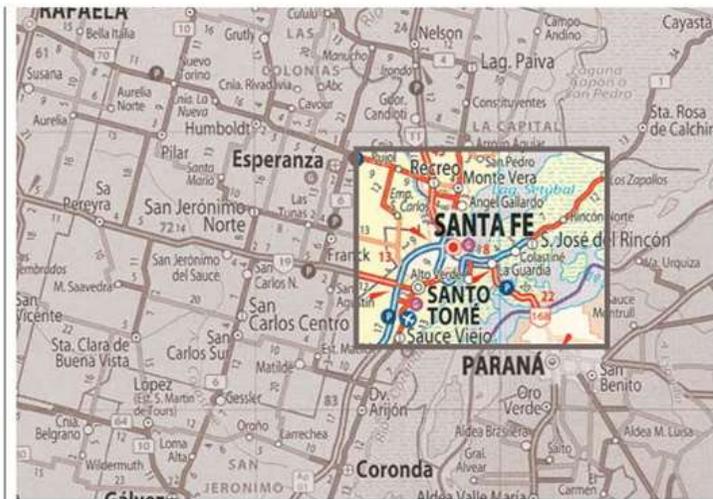
- El 1° de junio de 1580, se produce el primer levantamiento de criollos contra la autoridad española, insurrección conocida como "la revolución de los siete jefes" o "la revolución de los mancebos".

- A mediados del siglo XVII, la ciudad es trasladada a su actual emplazamiento.

- Entre 1663 y 1780, Santa Fe fue considerada "Puerto preciso", lo que redundó en beneficios fiscales y fomentó el comercio.

- El 26 de abril de 1815, se elige al primer gobernador santafesino y el más votado es Antonio Cándioti, "el príncipe de los gauchos".

- El 1° de julio de 1818, es designado gobernador Estanislao López, quien durante sus veinte años de mandato sentará las bases jurídicas, políticas, sociales y administrativas de la provincia.



- El 7 de abril de 1822, se firma el Tratado del Cuadrilátero, en el que se establece "la paz firme, verdadera amistad y unión permanente" entre Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Buenos Aires.

- Entre 1828 y 1829, se reúne en Santa Fe la Convención Nacional por la que se determina el sistema federal de gobierno.

- El 4 de enero de 1831, se firma el Pacto Federal, entre Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos, base fundamental de la futura Constitución Nacional.

- El 1° de mayo de 1853, en el Histórico Cabildo Santafesino, se jura la Constitución Nacional, promulgada el 25 en homenaje a la fecha patria y jurada el 9 de julio.

- Entre el 14 y el 25 de septiem-

bre de 1860, se reúne en Santa Fe la convención reformadora de la Constitución Nacional de 1853.

- El 10 de octubre de 1904, se coloca la piedra fundamental del puerto.

- El 17 de octubre de 1919, se crea la Universidad Nacional del Litoral.

- El 28 de abril de 1928, se inaugura el puente colgante, que se convertirá en la construcción más representativa de la ciudad.

- El 13 de diciembre de 1969, se inaugura el túnel subfluvial que une las provincias de Santa Fe y Entre Ríos.

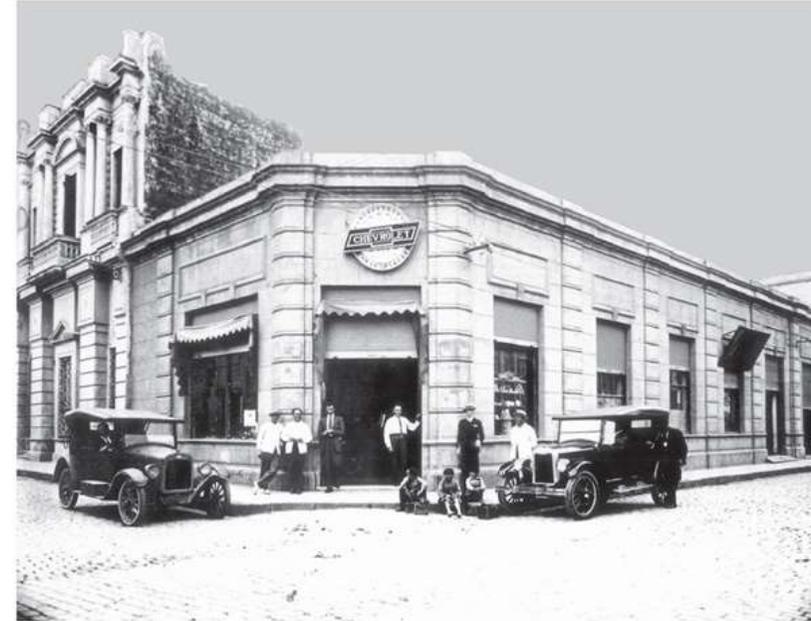
- En 1994, se reforma la Constitución Nacional, en las ciudades de Santa Fe y Paraná.

Por aquellos años, y en aquellos lugares, el refinamiento era un bien escaso. Imperaba la ignorancia y muchas veces la brutalidad. La vida era dura, sólo apta para los más fuertes. Y el poder se ejercía sin miramientos. Lucio V. Mansilla, escritor y militar, navegó en esas ambigüedades, inentendibles cuando se las observa más de un siglo y medio después. La literatura, los placeres mundanos (lo desvelaban tanto los bailes y las comidas como las mujeres, fueran éstas blancas o indias) alternaron en él con comportamientos de extrema dureza, como el que protagonizó en esa áspera discusión con el boticario francés de los pagos de Río Cuarto.

Mansilla ya venía malquistado con aquel hombre, a quien había conocido cuando acompañaba a Emilio Mitre en camino a Mendoza, en 1864. En sus *Causeries de los Jueves*, Mansilla dice que el francés, a quien atribuye ser el único boticario de Río Cuarto para entonces, también era el único vecino que “hacía alarde de no saludarlo” a Mitre. Cinco años más tarde, cuando Mansilla regresó a Río Cuarto para asumir la comandancia de frontera, volvió a tener un ríspido

RIO

Un caballo en la pista del primer boticario



Concesionaria Chevrolet, en la década del 20. (Archivo Municipal)

CUARTO

“Hombre alto, rubio, de aspecto agradable... tan inofensivo como sus drogas”

encuentro con el boticario a raíz de la propiedad de un caballo. El incidente ocurrió una mañana en la que un grupo de indios del desierto llegó al pueblo para proveerse de algunos víveres, que solían canjear por cueros y plumas de ñandú. Los indios traían también un caballo del que se habían apropiado en un malón y se lo dejaron de regalo al boticario en nombre de un cacique tan célebre como temido: Mariano Rosas. Mansilla, que sabía que el picaso era robado, pretendió que el boticario se lo restituyera a su legítimo dueño, pero éste se negó. La discusión subió de tono y el comandante le puso fin con una decisión terminante: mandó a fusilar el animal. La historia no tardó en conocerse en Buenos Aires, y fue aprovechada por el caricaturista de un periódico para ridiculizar a Mansilla, dándole al episodio una trascendencia colosal.

En sus notas, Mansilla jamás llamó por su

nombre al boticario francés, pero se supone que se trata de Guillermo Neel de Lauzac, el único farmacéutico registrado en Río Cuarto en el censo nacional de 1869. Neel de Lauzac, que en realidad no era francés de nacimiento sino norteamericano hijo de franceses, es descrito por Mansilla como un "hombre alto, rubio, de aspecto agradable... tan inofensivo como sus drogas". No era graduado, lo mismo que su ayudante, Julián Larcade, y tenía su local, conocido como Botica de la Plaza o Botica Francesa, frente a la plaza mayor, en la actual calle San Martín.

Por aquellos años, gran parte de los comercios de las zonas fronterizas con los territorios indios prosperaban no tanto por lo que pudieran vender a los escasos vecinos sino por los productos que com-

**Calle San Martín,
frente a la plaza
General Roca, en 1907.
(Archivo Municipal)**



praban a los indios a precio vil para exportar a Europa. Al parecer, el aventurero boticario francés no era ajeno a la actividad y había logrado establecer lazos amistosos o comerciales con personajes claves del lugar, tal como el sacerdote franciscano Marcos Donati, quien le había abierto las puertas de las tolderías vecinas.

Las aventuras de Neel de Lauzac no terminaron en ese incidente. Dos años más tarde, en 1871, decidió radicarse en Río Cuarto un competidor de fuste: el farmacéutico Alejandro Casnati, que acababa de graduarse en la ciudad de Córdoba y que sería el primer profesional matriculado de la ciudad. Su botica, a la que llamó Central, estuvo instalada hasta 1876 en un local cuya ubicación ignoramos, tras lo cual la mudó a la esquina noroeste de Constitución y San Martín, donde permaneció hasta 1890.

Tan pronto como se radicó en la ciudad, el recién llegado Casnati demandó el cierre de la Botica Francesa, atendiendo al hecho de que Lauzac no era un profesional de las artes farmacéuticas. La demanda de Casnati fue atendida de inmediato; sin embargo, un reclamo de los habitantes de la villa en su favor, le permitió a Neel de Lauzac reabrir la botica, que mantendría hasta 1876, en que la transfirió a José Meunier o Mennie.

El 8 de junio de 1876 el diario La Voz de Río Cuarto anunció que Meunier, quien ese mismo año había sido examinado por el Protomedicato de Córdoba, concediéndole el título de Profesor de Farmacia, había tomado la dirección de la botica.

Al año siguiente, Meunier trasladó la botica a un local de la esquina noroeste de

la plaza del pueblo (hoy, Sobremonte y Belgrano) y la rebautizó como "Botica de la Ancla de Oro".

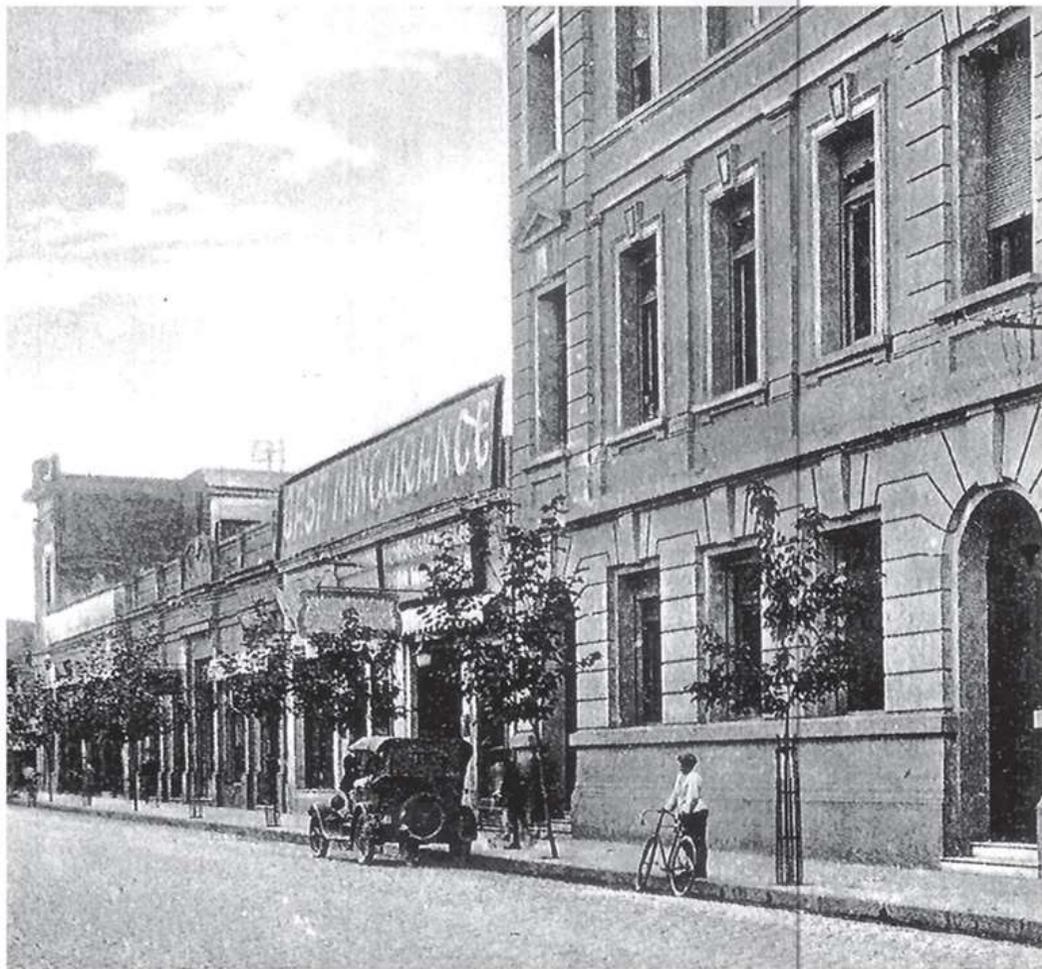
Por algunos años sólo Meunier y Casnati atendieron las necesidades de medicamentos de los riocuartenses, hasta que en 1883 arribó al lugar Andrés Terzaga, un personaje que no tardaría en ser clave en la historia de la ciudad.

Meunier decidió entonces afrontar la contingencia empleando al "boticario diplomado Isidro Plane", según un anuncio publicado por aquellos días en La Voz... Sus esfuerzos, sin embargo, tropezaron con el infortunio de un fuerte temporal, ocurrido el 8 de marzo de 1886, en el que sufrió una pérdida estimada de 1500 pesos en drogas almacenadas en su botica.

El historiador local Carlos Mayol Laferrere recoge en un trabajo aún inédito otro incidente que tuvo como protagonista a Meunier, cuando el médico Mariano Bejarano denunció que una de sus recetas para combatir la caspa había sido mal elaborada por Plane, el socio diplomado de Meunier en la Botica de la Ancla. La receta consignaba: *"Alcohol, 60 gramos; alcoholatura de Rosas de Lavanda melisa, 30 gramos; Ácido silícico, 8 gramos; Borato de sodio, 1,25 gramos, y Agua fontis, 2 libras"*.

La controversia alcanzó tal repercusión que el jefe político del pueblo, Alejandro Roca, mandó a comparecer a Meunier, quien defendió enérgicamente a su socio sosteniendo que el ácido silícico no era soluble en agua ni en alcohol, cristalizándose en ambos casos. Presentó abundante bibliografía al respecto y también recurrió al dictamen del doctor Domingo Parodi, el recordado catedrático de far-

La zona, era frecuentemente hostilizada por los malones indios.



El Correo, hacia 1920. Al lado, la tradicional Casa Mingorance y luego, el edificio de la farmacia de Andrés Terzaga. (Archivo Municipal)

macia de la Escuela de Medicina de Buenos Aires, quien terminó dándole la razón. Meunier salvó así la reputación de su botica, que sin embargo no tardaría en abandonar la plaza, posiblemente hacia 1887.

La Botica del Pueblo

Cuando el mencionado Andrés Terzaga arribó a Río Cuarto para instalar botica, obviamente no podía imaginar que su negocio perduraría en el tiempo desde aquellos finales del siglo XIX, por todo el siglo XX y transitando ya la primera década del XXI.

Alfredo Terzaga, bisnieto de aquel pionero, ha proporcionado para este trabajo datos invalorables sobre su pariente, que los riccuartenses han homenajeado poniéndole su nombre a una de las calles de la ciudad.

Andrés Antonio de Jesús Terzaga nació en Frayle Muerte (la actual Bell Ville), en 1856, hijo de un oficial fortinero de magros ingresos y familia numerosa, Andrés Terzaga Peralta. El joven soldado era de los pocos militares que por entonces sabía leer y escribir. En 1857, renunció al ejército para ejercer como maestro en la localidad de Villanueva, donde sus hijos crecieron. La zona, que todavía no estaba bajo control absoluto de los blancos, era frecuentemente hostilizada por los malones indios.

Andrés fue el único de los hermanos con acceso a la educación superior y en 1870 integró una de las primeras camadas de egresados del Departamento de Higiene de Córdoba, antecesor de la Facultad de Medicina. Mitrista de pura cepa, el joven boticario participó en la batalla de Santa

El único servicio de transporte era el tranvía de tracción a sangre

Rosa (Mendoza), a las órdenes del comandante Arredondo, cuando sus tropas fueron derrotadas por las que comandaba Julio Argentino Roca, quien de inmediato fue nombrado general por el presidente Nicolás Avellaneda. Terzaga decidió entonces regresar a la casa familiar en Villanueva, donde abrió la Botica del Pueblo en 1880. Con la nueva línea ferroviaria a Río Cuarto, Terzaga decidió probar suerte en esa ciudad, donde instaló una botica con el mismo nombre en 1883, el mismo año en que el Concejo Deliberante local licitaba el adoquinado de las doce primeras cuadras de la ciudad: las cuatro que rodeaban la plaza General Roca y una más en todas las direcciones.

Por aquella época todavía no había sido inaugurado el puente carretero, el único servicio de transporte era el tranvía de tracción a sangre que había instalado el empresario Gerónimo Aliaga, no había llegado la iluminación eléctrica y el traslado de mercaderías era atendido por las carretas de los hermanos Juan y Vicente Jorba, cuyos desplazamientos eran todo un acontecimiento en la ciudad. El historiador Rodolfo Centeno dice que los "niños de Jorba", como socarronamente se los llamaba a los troperos, gozaban de una fama justamente adquirida por sus inclinaciones deportivas hacia la caza de todo animal comestible que encontrara a su paso. Según documentos de la época, los troperos partían de Río Cuarto con una ración de 1,500 kg de carne, 200 gramos de yerba, 400 de azúcar y 2 kilos de harina. En los descansos, los troperos se fabricaban el pan, que no era otra cosa que tortas asadas al rescoldo. Pero fuera de inventario siempre se encontraban algunos chivitos y gallinas raras vez obtenido por medios legales. Los regre-

sos de los troperos a Río Cuarto eran un verdadero acontecimiento para chicos y grandes, que salían a las calles para verlos en fila india, carreta tras carreta, en una nube de polvo, vestidos con sus ponchos a rayas azules y rojas y sus infaltables gorras vascas adornadas con borlas de seda de vivos colores.

En manos de Terzaga, la Botica del Pueblo ocupó un amplio predio frente a la plaza Roca. Era un edificio de dos plantas, de amplio balcón, que terminó sus días bajo la piqueta en 1975. En su lugar hay ahora una galería comercial.

La profesión le dio a Terzaga gran respaldo económico y prestigio social. Todavía se recuerda la botica como escenario de los encuentros políticos y culturales más notables de la época, en la que lo más granado de la sociedad riocuartense se reunía en interminables discusiones políticas que comenzaban al caer la tarde y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Allí solían reunirse Alejandro Roca (hermano de Julio Argentino), el general Ignacio Fotheringham (guerrero del Paraguay y de la Campaña del Desierto y encargado de repatriar los restos de Sarmiento desde Asunción), el coronel Antonino Baigorria (quien derrotó al cacique general Mariano Rosas y logró rescatar a varias mujeres y niños que permanecían cautivos), el poeta Urbano Álvarez, Miguel Riglos, Domingo de la Torre, el juez Manuel Sánchez Verde y otros conspicuos vecinos. En esas y otras peñas se resolvió la creación del Colegio Nacional, la fundación de una usina eléctrica municipal, la creación del diario El Pueblo, cuyos propietarios fueron el doctor Tomás Soaje y el propio Terzaga, y muchas otras iniciativas, entre ellas la fundación de la Unión Cívica Radical local. En la función



Rótulos diversos de la Farmacia del Pueblo, de las épocas de Enrique Cros y de Antolín García.

pública, Terzaga fue intendente y presidente de la Asamblea Municipal entre 1895 y 1905, período en el cual la ciudad experimentó notorias transformaciones urbanísticas, de crecimiento edilicio y modernidad.

Terzaga estuvo al frente de su farmacia hasta 1917, en que se la vendió a Emilio Wladislao Jautz, prosiguiendo como gerente de la Farmacia del Águila hasta su muerte, en 1921. Jautz (cuyo nombre también es evocado en una calle riocuartense) era un farmacéutico nacido en Corrientes en 1892, hijo del austriaco Wladislao Jautz y de la alemana Emilia Grether. Además de la actividad farma-

céutica, tuvo las actividades más disímiles: fue profesor del Colegio Nacional, propietario del frigorífico York, jefe de Policía, socio fundador del Rotary Club, intendente municipal y presidente de la Caja de Ahorros.

Algunas referencias históricas indican que Jautz mudó la farmacia a la esquina de Constitución y Colón donde actualmente se encuentra, mientras que otras atribuyen la mudanza a Enrique Cros, quien compró la Farmacia del Pueblo en 1930 y la mantuvo hasta 1949.

“Parque galvánico”, “verdaderamente milagroso para la cura del reumatismo, ciática, gota, torceduras, etc...”

El alemán Max Lohausen posa en la entrada de su farmacia Germano Argentina, en 1914. (Archivo Municipal)



En el nuevo local, que aún conserva la balanza de la vieja botica de Terzaga, parte de su frasería y algunos viejos libros copiadores, la actividad quedó a cargo de tres generaciones de la familia García desde hace más de medio siglo. El primero de ellos fue Antolín García, hijo de Magín García, un inmigrante gallego que era propietario de un hotel en la zona del Boulevard Roca.

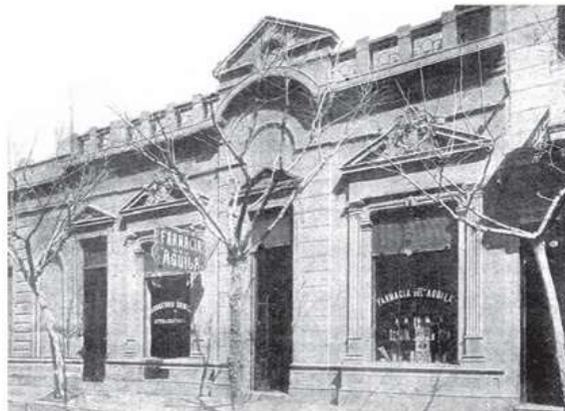
Según los relatos familiares, Antolín, que nació en Río Cuarto el 2 de septiembre de 1917, de niño ayudó a su padre en las actividades del hotel. Debía levantarse muy temprano para preparar el desayuno de los pasajeros, tras lo cual cruzaba a la escuela, de donde regresaba al mediodía para colaborar sirviendo el almuerzo. Al finalizar sus estudios secundarios se trasladó a la ciudad de Córdoba, donde se graduó de farmacéutico en 1939. Después de varios años al frente de la Farmacia del Pueblo, dejó su lugar a sus hijos Daniel Eduardo y María Elena, quien se graduó en la Universidad de San Luis y ejerció la regencia por un breve lapso, hasta abrir luego la Farmacia García Cocco, que conduce con su hijo Ignacio, también farmacéutico. Mientras tanto, la Farmacia del Pueblo siguió bajo la propiedad de

Daniel García y actualmente está a cargo de su hijo, el farmacéutico Leonardo García.

Otras farmacias pioneras

Entre las amarillentas colecciones de la prensa local de fines del siglo XIX y principios del XX puede rastrearse la presencia de otros cuantos farmacéuticos pioneros, tales como Ceferino Serrano, quien con su botica Argentina sólo tuvo actuación en la ciudad durante tres años (1885 - 1888); el español Guillermo Leiguarda, que adquirió la botica de Serrano -a la que le cambió el nombre rebautizándola con su apellido- y ejerció desde 1888 hasta su muerte, en 1892; Nicodemo Padula, un italiano diplomado en Nápoles que regentó la botica Italiana desde 1890 hasta 1906, en que fue adquirida por su ex empleado Jacinto Herrera, quien la denominó Farmacia de la Estrella; el vasco Lucio Laza; el alemán Max Lohausen, cuya farmacia Germano-Argentina fue inaugurada en 1914; Juan Serrano Loza, que alternaba sus actividades de la botica Serrano con la venta de hacienda; Luis Vitale, que regentó en el período 1904-1908 la farmacia Italo-Argentina y que aparece ofreciendo a través de un aviso que publicó en el periódico El Orden en 1908 un curioso medicamento llamado “Parque galvánico”, al que definía como *“verdaderamente milagroso para la cura del reumatismo, ciática, gota, torceduras, neuralgias, dolores del pecho, del espinazo, del costado, riñones, hígado, etc...”*

Un farmacéutico de mención ineludible en Río Cuarto es Rafael Bruno, un italiano recibido en Córdoba que en 1903 instaló en la ciudad la Farmacia Química. Bruno fue un hombre de vasta cultura, que también ejerció el periodismo y la docencia



La Farmacia Del Águila, establecida por el italiano Luis Onetto en 1892, es una de las más antiguas todavía en actividad. Fue la primera de la ciudad en incorporar un laboratorio de análisis bacteriológicos y funciona en el mismo local de Boulevard Roca al menos desde 1916.

y fue concejal y agente consular de Italia. Tras 20 años de labor, cerró la Farmacia Química, pero al año siguiente, en 1924, abrió otra, que denominó Piscopo. Fue autor de dos trabajos hoy inhallables: “Historia de la Farmacia desde los tiempos antiquísimos hasta nuestros días” y “Médicos y farmacéuticos en la Antigüedad”.

Un farmacéutico del que escasean los datos en Río Cuarto es Jorge Castellano, instalado en la ciudad en 1916 con el fin de adquirir experiencia y que poco después se trasladó a su tierra natal, Comchingones, donde ejerció hasta 1951. No hemos podido hallar referencias de la far-

macia en la que se desempeñó Castellano, que muy posiblemente no haya sido de su propiedad.

De las farmacias actuales de prolongada actuación en la ciudad no puede dejar de citarse la Del Águila, establecida por el italiano Luis Onetto en 1892. Onetto había arribado a Río Cuarto para desempeñarse como profesor de Ciencias Naturales en la Escuela Normal. El diario El Pueblo del 10 de abril de 1892 se ocupa de él en estos términos: *“Este conocido amigo es un insigne pionero de Ciencias Naturales de la región, un aficionado a quien no arredran molestias, y ganoso de formar una colección importante de mineralogía, botánica, zoología, y hace un año que trabaja en este sentido...”*

Poco después el mismo diario anuncia

Por entonces, la población de la ciudad se aproximaba a las 30.000 personas

Andrés Terzaga (en la foto, con bastón y guantes) fue un personaje notable del pueblo. En su botica del Pueblo se reunían los personajes más destacados de la sociedad riocuartense. En esas peñas se resolvió la creación del Colegio Nacional, la fundación de una usina eléctrica municipal, la creación del diario El Pueblo y muchas otras iniciativas, entre ellas la fundación de la Unión Cívica Radical local. En la foto también puede verse a Alejandro Roca (entre los dos niños).



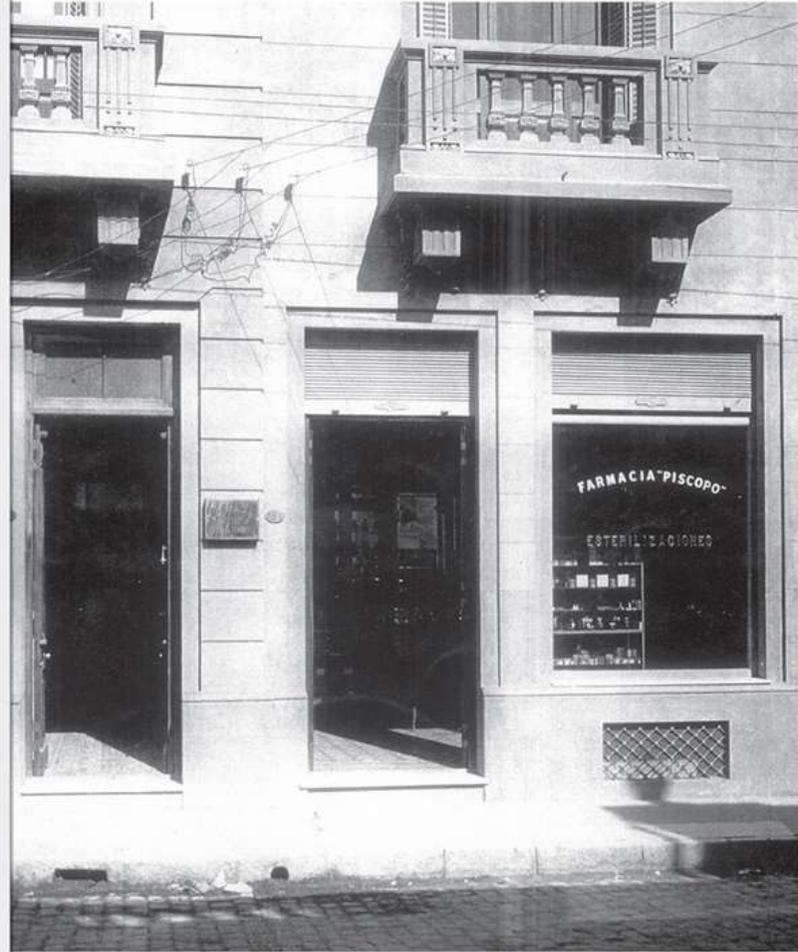
que "nuestro intrépido amigo Luis Onetto va a establecer una botica en la casa del señor Manuel Montenegro. Parece que trae como concurso inteligente al señor Daniel Villagra, de Buenos Aires, farmacéutico práctico (es decir, idóneo), a quien ha asociado a esta empresa". La farmacia funcionó en una casa de altos en la que antes estaba establecido un hotel, en la esquina de las calles Vélez Sarsfield y General Paz.

Alejandro Casnati, el farmacéutico que había denunciado al francés Neel de Lauzac por ejercer sin título habilitante, también hizo lo mismo con Onetto y Villagra, pero tampoco logró la clausura de la Botica del Águila, que para evitar futuros inconvenientes incorporó a Francisco Simbiante, a quien presentaban como químico y farmacéutico de la Universidad de Viena. Probablemente Onetto se haya graduado en ese periodo, ya que en 1900, al vender su negocio a Pedro Ortiz, que no tenía título, ejercía como regente.

Para 1916 la farmacia pertenecía a José María Aspiroz, que la había mudado a un local de Boulevard Roca 126, con la regencia del farmacéutico Ricardo Vergés. La Botica del Águila fue la primera de la ciudad en incorporar un laboratorio de análisis bacteriológicos. En avisos de la época anunciaba un medicamento que se hizo popular, la "Solución Aspiroz", para combatir "la influenza o catarro, bronquitis, tisis, asma y todas las afecciones broncopulmonares". Por entonces, la población de la ciudad se aproximaba a las 30.000 personas. En el libro recetario de entonces aparecen recetas solicitadas por los doctores Noroña, Ferrer, Rodríguez y Godart.

En 1927, Aspiroz vendió la tradicional botica a Adolfo Omega Petrazzini, un joven que fue parte de una de las primeras promociones de bioquímicos graduados en la Universidad de Buenos Aires, hacia 1916. Según el relato de su hijo, Ricardo Omega, Petrazzini se familiarizó con la actividad desde niño, trabajando como cadete en la farmacia del francés Félix Picquard (o Picquart), en la localidad bonaerense de Monte Grande. Desde allí, se trasladaba en sulky atravesando campos hasta la estación ferroviaria de Esteban Echeverría, donde tomaba el tren hasta Buenos Aires para cursar el colegio secundario y más tarde la facultad. Poco después de graduarse y cumplir el servicio militar, se trasladó a la zona de Río Cuarto, donde regentó algunas farmacias y luego, hacia 1920, adquirió una en la localidad de Alejandro Roca, para retornar a Río Cuarto siete años después y hacerse cargo de la Del Águila.

Ricardo Petrazzini sostiene que Picquard, que le había alquilado un local a su abuelo -Omega Petrazzini- y en cuya farmacia



La farmacia Piscopo, abierta en 1924 por Rafael Bruno, un italiano de vasta cultura, que también ejerció el periodismo y la docencia y fue concejal y agente consular de Italia. Fue autor de dos trabajos hoy inhallables: "Historia de la Farmacia desde los tiempos antiquísimos hasta nuestros días" y "Médicos y farmacéuticos en la Antigüedad". (Archivo Municipal)

Adolfo Petrazzini se mantuvo al frente de la Farmacia del Águila desde 1927 hasta 1953

trabajó su padre de niño, fue el primer farmacéutico de Monte Grande, pero en documentos hallados posteriormente a la entrevista aparece una interesante referencia que tal vez él mismo ignore: el primer negocio que suministró medicamentos y efectuó curaciones en esa localidad fue el del propio Omega Petrazzini, Picquard, que lo sucedió en la actividad, si habría sido el primer farmacéutico graduado del lugar. En las referencias sobre la historia de Monte Grande se señala que hacia 1889, varios años antes de la fundación del hospital, Omega Petrazzini y su esposa, Amalia, fueron los primeros que ofrecieron su solidaridad y conocimientos en la atención sanitaria, en el local que tenían en la calle Vicente López 147.

Doña Amalia desplegó ternura y humanidad para hacerse cargo de aquellos primeros auxilios. Cuando la gravedad de los casos así lo indicaba, disponía el traslado de los pacientes en su pequeño carro y la chata, que era tirada por dos caballos. Al trote ligero y las más de las veces dirigida hacia Lomas de Zamora cortando camino por los campos de Santa Catalina, aquella chata ofició de primera ambulancia. Siempre dispuesto para atender a los necesitados, don Omega tiraba de las riendas sin importarles días ni horarios. Así se vivió hasta aquel 1906, cuando las curaciones pasaron a manos de los farmacéuticos Picquard (en la Botica del Pueblo), Haramboure y Ventrini. El denodado trabajo de Omega Petrazzini terminó siendo reconocido por la Municipalidad de Esteban Echeverría, que le puso su nombre a una de las calles de la ciudad.

Pero volvamos a Río Cuarto. Adolfo Petrazzini, que había sido alumno de Ángel Gallardo y compañero de estudios de

Francisco Cignoli -el más importante historiador de la farmacia en la Argentina-, se mantuvo al frente de la Farmacia del Águila desde 1927 (su primera venta, por 25 centavos, fue de aspirinas) hasta 1953, año en que se la transfirió a su hijo Ricardo Omega Petrazzini, farmacéutico y bioquímico de notable desempeño profesional y académico, quien llegó a ser rector normalizador de la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Los viejos empleados de la Farmacia del Águila todavía recuerdan a don Adolfo como una persona incorruptible, de gran dedicación a la actividad y de un trato especial y generoso. Raúl Rosso, que lleva 48 años como dependiente, afirma que don Adolfo trataba a sus empleados como si fueran de su familia y que llegó a llevarlos de vacaciones a Mar del Plata con su esposa e hijos.

De las farmacias existentes a mediados del siglo pasado, Ricardo Petrazzini recuerda las de Mónico, Marincon, Casali (luego Casella y más tarde Videgain), Bessone, Peiretti, Bonino, Antón y Nicolini.

Otra vieja farmacia aún en actividad es la denominada Plaza, ubicada en Constitución 766, frente a la plaza Roca. Inicialmente, la farmacia se llamó Mundial, sus propietarios eran Paulino y Pedro Antón y funcionaba en la calle Buenos Aires. A fines de 1922 los hermanos la trasladaron a Constitución 780, permaneciendo hasta 1945, en que la vendieron a Gamaliel Fleiderman, quien la dirigió hasta 1955 con el nombre de Farmacia Fleiderman. Luego, en sucesivos cambios de propietarios, pasó a denominarse Piamontesa, Mattea, Fernández González, Ficcó y finalmente Plaza. Desde 1988 opera en otro local, a pasos del anterior.



Datos históricos

- En octubre de 1573 llegaron a la región los primeros españoles, al mando del capitán Lorenzo Suárez de Figueroa, considerado fundador de Río Cuarto.
- A mediados del siglo XVIII, todas las estancias que se habían establecido en la zona quedaron en manos del Monasterio de Santa Catalina Sena, de la ciudad de Córdoba, por ejecución hipotecaria.
- A partir de 1750, las religiosas proceden a fraccionar el enorme latifundio, en un proceso llamado "la primera colonización de Río Cuarto".
- En 1776, la región pasa a depender del Virreinato del Río de la Plata.
- El 11 de noviembre de 1786, el marqués de Sobremonte ordenó la formación del pueblo de la Concepción.
- El 19 de marzo de 1798, se instala el cabildo de la villa de la Concepción del Río Cuarto, presidido por el alcalde Juan Bautista López.
- Después de una etapa de decadencia, provocada por enfrentamientos y saqueos, en 1843, el gobierno cordobés ordena repoblar la ciudad.
- El 15 de noviembre de 1875, adquiere el rango de ciudad y, ese mismo año, se imprime el primer periódico, La Voz de Río Cuarto.
- En 1892, abre sus puertas el Banco de la Nación Argentina.
- En 1912, se inaugura la línea y servicio de trenes de Córdoba a Río Cuarto, por Río Tercero.
- En 1925, se establece la línea aérea Córdoba-Río Cuarto.
- En 1934, el papa Pío XI crea el Obispado de Río Cuarto y, al año siguiente, designa como primer obispo a monseñor Leopoldo Buteler.
- En 1971, se crea la Universidad Nacional de Río Cuarto.

Tierras extensas, secas y desoladas. Pero pródigas y expectantes a la oportuna y próspera mano del hombre. Tras las expediciones militares de la denominada Conquista del Desierto, que a fines del siglo XIX terminaron de desplazar a los pueblos aborígenes de la región hacia la cordillera de los Andes, la apertura de las fronteras del norte de la Patagonia dio paso a una página en blanco para quienes estaban dispuestos a escribir allí una nueva historia. Como la que forjaron los pioneros establecidos poco más de 100 años antes en la ciudad de Neuquén, donde a fuerza de trabajo, coraje y sacrificios lograron vencer los rigores de una geografía árida -habitada por vientos persistentes, que solían correr a su antojo médanos y dunas- y sembrar las simientes de un progreso urbano que aún se mantiene creciente.

Poblar el desierto



NEUQUEN

Inicialmente establecida en Chos Malal, la capital del entonces Territorio Nacional del Neuquén, por iniciativa del gobernador Carlos Bouquet Roldán se trasladó a su actual ubicación, antiguamente conocida como paraje Confluencia, sobre las márgenes de la unión de los ríos Limay y Neuquén, ya que la flamante llegada del ferrocarril y la navegación propiciaban en ese sitio una comunicación mucho más fluida que en Chos Malal con el resto del país.

Así, el 12 de septiembre de 1904, en formal acto oficial, y posterior y popular festejo de asado con cuero, seguido de cuadreras y ejercicios de tiro, el gobernador Bouquet Roldán fundó la ciudad de Neuquén. En el acontecimiento estuvo acompañado por los nuevos pobladores y numerosos funcionarios llegados de la lejana Buenos Aires, presididos por el entonces ministro del Interior nacional, Joaquín V. González.

Entre los muchos preparativos que demandó la inauguración de la capital neuquina, "se completó el botiquín de emergencias por 885,05 pesos, (...) según el listado de medicamentos que se le remitió al boticario y enfermero de la gobernación, C. C. Loustouret (Expte. 3440 -M° del Interior -1904 - A.G.N)", según afirma Francisco N. Juárez, en una nota sobre el centenario de la ciudad publicada en 2004 en el diario Río Negro.

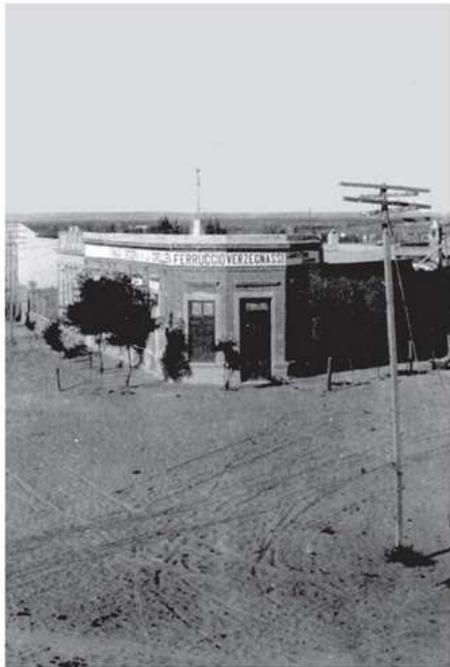
El hecho de que los primeros boticarios de la región tuvie-

ran rango militar, en territorios inicialmente ocupados por el ejército nacional, no ocasiona sorpresa. Sin embargo, imaginar que detrás del mostrador de la primera farmacia privada estuviera un culto, refinado y noble europeo, ya es harina de otro costal. Y esto, justamente, fue lo que ocurrió en la cosmopolita y embrionaria urbe patagónica, que recibía por igual a eruditos e iletrados, cordobeses o españoles, aristócratas o plebeyos.

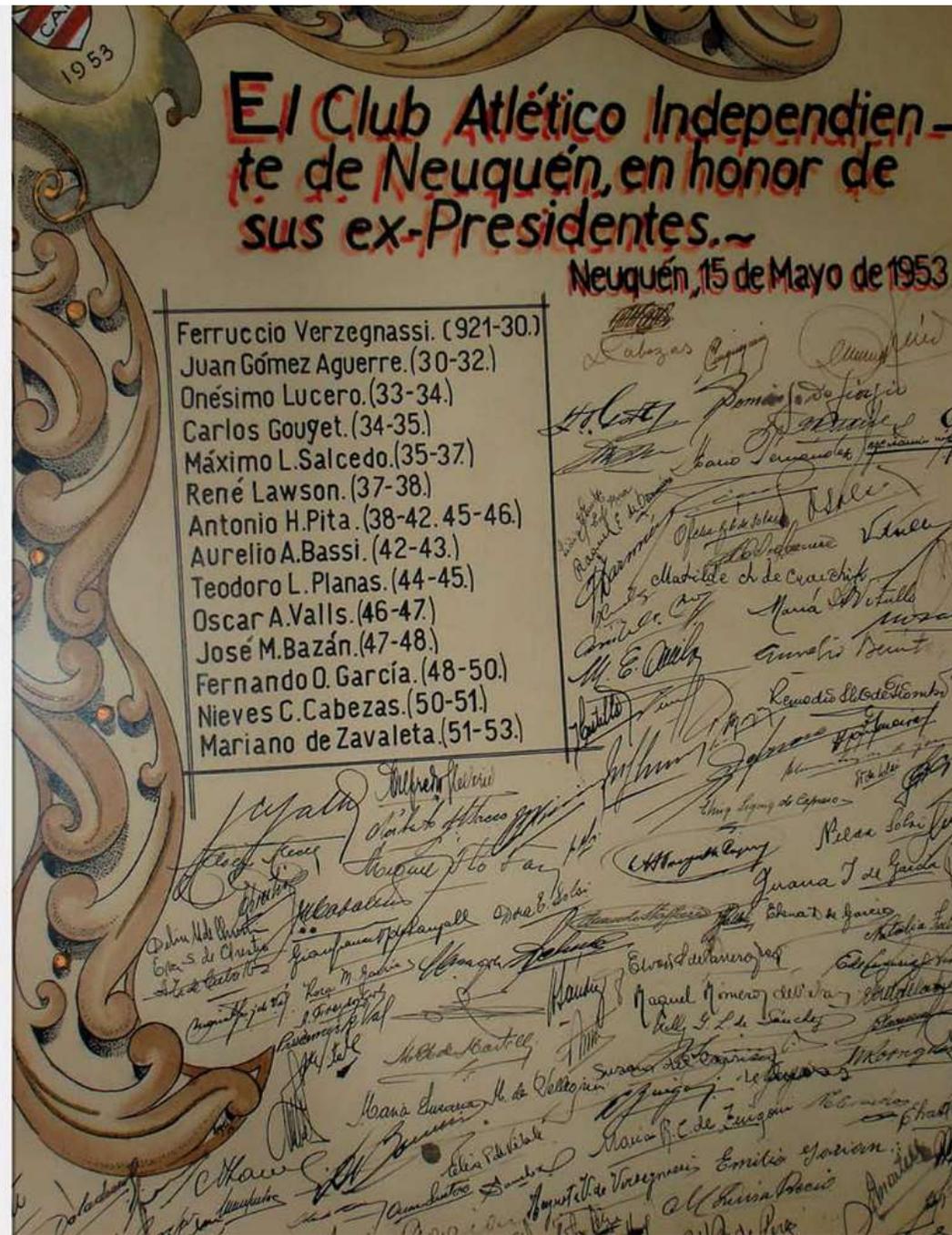
Según los historiadores, a

un mes de fundada la capital, precisamente en octubre de 1904, Baltasar Rieffesthal obtuvo permiso para instalar la primera farmacia, que abrió la firma A. Imperiale y Cia, en la calle Sarmiento al 400. Y que prontamente pasó a ser propiedad del vizconde Ferruccio Verzegnassi, quien en marzo de 1906 la trasladó a un local que construyó en la intersección de las actuales calles Roca y Diago-

La Farmacia de Verzegnassi fue por varios años la única de la ciudad y también el único centro relacionado con la salud. (Gentileza Mario Burkman)



Pergamino en homenaje a los ex presidentes del Club Atlético Independiente de Neuquén. Ferruccio Verzegnassi fue el primero en conducir la comisión directiva



nal Alvear, frente a la entonces casa de la gobernación, donde la atendió hasta 1930, año en que falleció.

El aristócrata en cuestión, polifacético y emprendedor, oriundo de Italia, se había graduado en la ciudad de Viena como Químico Farmacéutico y Magister en Farmacia y, según dice Ángel Edelman en su libro *Primera historia del Neuquén*, "en un esfuerzo notable revalidó su título rindiendo de una vez todas las materias en la Universidad de Buenos Aires".

La farmacia y droguería de La Cordillera -tal era su nombre- fue por varios años la única de la ciudad, y también el único centro público relacionado con la atención de la salud. De allí que en más de una ocasión Verzeznassi debió atender urgencias y oficiar de médico al entabillar brazos rotos por caídas de caballos o curar heridas de bala, tal como se lo ve en una fotografía publicada en un antiguo diario local.

"Mi llegada al mundo vino de la mano de Verzeznassi porque como mi familia vivía al lado de su farmacia cuando mi madre se descompuso, ante la ausencia de mi padre ferroviario, una vecina fue a buscarlo y él la atendió hasta que llegó el médico. Será por eso que mi vida está tan ligada a este club." La anécdota la narra, risueño, en las instalaciones del Club Atlético Independiente de Neuquén, el antiguo socio Hernán Arnaudo. Y trae a cuento que, en 1921, el farmacéutico, aficionado

al deporte, fue uno de los fundadores del club y el primero en presidir la comisión directiva.

En la entonces polvorienta pero pujante ciudad, el vizconde ya había hecho gala de su aptitud deportiva, florete en mano, en el dominio de estocadas y mandobles. Edelman recuerda que en la inauguración del Club Gimnasia y Esgrima, el 25 de mayo de 1906, donde no faltaron conciertos musicales ni demostraciones boxísticas, Verzeznassi y el señor R. Castilla se lucieron en un vistoso asalto de esgrima.

Volviendo a su vida profesional, el noble caballero, de bigote poblado y nariz prominente, ofrecía en su esquina, junto a las consabidas preparaciones de recetas magistrales e insumos farmacéuticos, múltiples artículos de perfumería y veterinaria, además del servicio de análisis clínicos. Según una publicidad aparecida en diarios de la época, en La Cordillera se atendía "todo pedido para la campaña de especialidades nacionales y extranjeras" y se ofrecían "ácidos, soda, potassa, cloruro cal, artículos de goma, sueros, oxígeno puro, óptica y fotografía; con importación directa de Buenos Aires y Europa".

Como se advierte, en su local, Verzeznassi tenía un laboratorio fotográfico y a él se le atribuyen las primeras postales que se comercializaron del naciente poblado. Aunque con su cámara también perpetuó numerosos acontecimientos socia-

les. Tal era el entusiasmo del europeo en este arte que en 1906, como integrante de la firma A. Imperiale y Cia., inauguró en un local contiguo al de La Cordillera el primer bar, llamado Argentino, donde se exhibían películas por medio de un proyector a kerosene.

Poiglot, orador elocuente en actos oficiales y reuniones sociales, promotor de revistas y publicaciones varias, se dice que también fue corresponsal del porteño diario La Prensa, pero el dato no ha sido posible confirmar. Impulsor y activo protagonista de la Sociedad Italiana y otros círculos sociales, Verzeznassi, además de todo, era un apasionado por la música y ejecutaba piezas en instrumentos de cuerda, viento y piano. Un mudo testimonio de sus horas dedicadas a la composición de obras musicales, con las que más de una vez amenizó reuniones vernáculas, es la pianola que se conserva en el Museo Municipal Gregorio Álvarez.

Edelman, quien desde niño conoció al farmacéutico, precisa en su libro, refiriéndose a varios festejos realizados en la nueva capital provincial, la actuación de una incipiente orquesta integrada, entre otros, por "los señores Verzeznassi". Aca-so sea ésa una de las escasísimas alusiones históricas a su esposa, de la que poco se pudo averiguar. Según el epigrafe de una fotografía, publicada en una revista para el cincuentenario de la ciudad, la mujer se llamaba Augusta Vegna y sobrevivió a su esposo por va-

Javier Salvadó, detrás del mostrador de la Farmacia del Pueblo, donde en los comienzos debió hacer un poco de todo. atender consultas, preparar remedios y también oficiar de oculista. (Gentileza Mario Burkman)



La Farmacia del Pueblo, en la esquina de San Martín e Hipólito Yrigoyen, en una imagen que muestra a una ciudad muy distinta de la actual



rios años. Sin descendencia, al morir Verzeznassi, lamentablemente la farmacia fue sepultando sus épocas florecientes en una creciente decadencia.

"La edificación se mantuvo hasta los años 50, pero estaba completamente abandonada. Como éramos chicos, el lugar nos despertaba muchas fantasías y cada tanto íbamos a curiosear: había un montón de estanterías repletas de frascos de todos los tamaños", recuerda el vecino Arnaudo. En la actualidad, en esa esquina, frente al edificio municipal, ya no se despachan jarabes medicinales ni benéficos ungüentos, sino bebidas más espirituosas y refrigerios varios, pues allí funciona el bar Club 32.

El vizconde Verzeznassi o don Ferruccio, como seguramente lo llamarían clientes y amigos, "jamás ostentó los blasones de su aristocracia (...) y fue un entusiasta propulsor de toda iniciativa de progreso, con llamada filantropía en muchos casos. (...) tenía tanta distinción espiritual -recuerda Edelman- como inteligencia y cultura; su muerte fue sensible pérdida para Neuquén".

Rumbo a Bariloche, pero seducido por Neuquén

En la década del veinte, la ciudad ya había dejado de ser ese caserío que en el año de su fundación albergaba sólo a 800 almas. Con casi tres mil habitantes, Neuquén crecía sin pausa y sus vecinos sólo podían adquirir medicamentos

en La Cordillera hasta que Javier Salvadó fundó, en 1922, la segunda farmacia, llamada Del Pueblo, que tiene el privilegio de ser la más antigua de las existentes en la actualidad y que hoy se amplía a una cadena de 13 locales.

El químico farmacéutico, graduado en la Universidad de Buenos Aires, había iniciado su actividad profesional en la ciudad bonaerense de Roque Pérez, pero dispuesto a establecerse en paisajes sureños había llegado a Neuquén en el 22, con la botica a cuestas del Ferrocarril Sud, para continuar viaje en carreta hasta la pintoresca Bariloche.

Peró al saber que allí sólo existía una farmacia y ante la insistencia de un amigo que ya se había instalado en la pujante ciudad de las bardas, don Javier rápidamente declinó de su primitiva intención y desembaló sus numerosos petates para no irse más hasta que se jubiló y, sucedido en la farmacia por su hijo Mario, volvió a Buenos Aires.

Al principio se instaló en un pequeño local alquilado, en San Martín 52, que abrió sus puertas el 22 de septiembre de 1922. Luego, en uno más amplio, a metros del primero, hasta que finalmente se trasladó a un edificio propio, en la esquina de la misma calle con H. Yrigoyen, donde aún continúa funcionando, ampliada y reciclada, la casa central.

"En la época de mi suegro

Roque A. Muglia
 RAMOS GENERALES
 Tienda y Almacén - Despacho de Vino y Cerveza
 SAN MARTIN DE LOS ANDES Terr. del NEUQUEN

Farmacia y Droguería "DEL PUEBLO"
 — DE —
JAVIER SALVADÓ
 QUIMICO - FARMACEUTICO

ESPECIALIDADES MEDICINALES DE PRIMERA
 CALIDAD — ATENCION ESMERADA EN
 PREPARACION DE RECETAS
 LA MAS BARATA Y LA MEJOR SURTIDA



SAN MARTIN 52 — TELEFONO 32 — Neuquén, fcs.



Olga Salvadó, la nuerca del fundador de la Farmacia del Pueblo.



El actual establecimiento y frascos viejos que todavía se conservan como testimonio de los tiempos de su fundador; en la otra página, un aviso de la época en que la botica estaba en su primer local.



venía mucha gente de la cordillera porque había muy pocas farmacias desde Neuquén hasta Bariloche y él hacía un poco de todo: atendía consultas, preparaba remedios, oficiaba de oculista, porque no había ninguno en la zona, y tenía una caja repleta de lentes para que se probaran los pacientes", recuerda Olga Planas, viuda de Mario Salvadó.

A poco de llegar, el joven Javier sepultó su soltería y se casó con Elena Caviglia, con quien tuvo dos hijos: Susana y Mario. Inquieto y dinámico, Salvadó abrió otra farmacia en la vecina Cipolletti y participó en numerosas iniciativas locales. Fue uno de los promotores, en 1933, de la cooperativa de agua y luz y en 1948, su nombre figura entre los vocales de la comisión directiva del Aeroclub Neuquén. Además fue un animoso impulsor de la Biblioteca Pública J. B. Alberdi.

Su hijo, Mario, heredó la vocación paterna y a los 22 años se graduó como químico farmacéutico en la ciudad de Rosario, de donde regresó a Neuquén para trabajar con su padre. Ya dispuesto a gozar de su jubilación, don Javier le vendió la farmacia a fines de 1950 a Mario, quien la dirigió hasta su fallecimiento, en 1992, y actualmente dirige su hijo Gerardo, que es ingeniero industrial.

"Los camioneros venían a las 5 de la mañana a tocar nos el timbre para comprar éter para poner en marcha los camiones y como nuestra

casa estaba arriba de la farmacia ¡el ruido de los motores no nos dejaba dormir!", recuerda, entre risas, Olga.

En los tiempos en que Mario y Olga tomaron las riendas de la farmacia, en el laboratorio del local se preparaban muchos medicamentos: supositorios, jarabes para la tos, sellos para males estomacales... Y fueron épocas de esfuerzo y trabajo intenso, en las que los acontecimientos sociales quedaban relegados por la responsabilidad profesional. "Cuando nos tocaba el turno, como era semanal, era muy sacrificado. Parecía que en esa semana a todo el mundo se le ocurría casarse, cumplir años, hacer fiestas, y nosotros no podíamos ir por atender la farmacia", dice Olga, que, como su marido, nació en Neuquén y es hija de los primeros odontólogos que se afincaron en la ciudad.

Al tiempo que deshivana los recuerdos de la farmacia familiar, también evoca los años de una ciudad que se abría camino entre arenales. "¡Neuquén era un pueblito tan chiquito! Entre la avenida Argentina y el hotel Confluencia eran todas bardas, mi casa estaba a dos cuadras de allí y había que cruzar un médano para llegar. Mi casa estaba a dos cuadras de allí y había que cruzar un médano para llegar. Mi casa estaba a dos cuadras de allí y había que cruzar un médano para llegar. Mi casa estaba a dos cuadras de allí y había que cruzar un médano para llegar. En verano todas las familias del pueblo íbamos al río; era una vida muy familiar, llena de parientes postizos porque todo el mundo venía a Neuquén solo y se armaba la familia con los amigos".

La descendencia no se hizo esperar y creció, como es lógico, entre pomadas y morteros. "Aquí (en la farmacia) -dice Olga- nacieron mis hijos: cuatro varones que andaban correteando por toda la farmacia, que les encantaba hacer incursiones por el sótano.

Cuando el ritmo pueblerino, alejado de las corridas de hoy, permitía establecer vínculos más cercanos con los vecinos, Olga recuerda que el trato con los clientes era muy familiar: "Teníamos un cuaderno, como el de los almacereros, para anotar las cuentas de los remedios que se llevaban y que iban pagando como podían, sin boletas ni nada de eso como se usa ahora".

Y del reconocimiento a los clientes da testimonio una nota en la publicación local Sur Argentino, de 1977, cuando al cumplirse los 55 años de la primera farmacia Del Pueblo se organizó un festejo en el que se les rindió homenaje a los primeros 20 vecinos que atendió don Javier. El hombre que quería establecerse en Bariloche y que finalmente fue seducido por Neuquén.

Otras, que acompañaron

Mientras la ciudad crecía y el valle comenzaba a florecer a fuerza de riegos y empeinado trabajo, las farmacias acompañaban el movimiento urbano, aunque aun en las décadas del 30, 40 y 50 continuaban siendo escasas para la cantidad de

pobladores que se afincaban, amén de los flamantes descendientes de las pioneras familias.

En 1934, un año antes de que se colocara la piedra fundamental del futuro puente carretero que, sobre el río Neuquén, uniría a la ciudad con la vecina y rionegrina Cipolletti, abre sus puertas la farmacia Neuquén, en la avenida Olascoaga 252, cuyos dueños fueron el farmacéutico Garzón, al frente de la dirección técnica, y el contador Francisco Vendettas.

Según precisa la farmacéutica Mavilla Rodríguez en su investigación "Primeras farmacias del Territorio Nacional del Neuquén", en 1940 se trasladó a la calle Sarmiento 160, con un nuevo director técnico. Tras el incendio de un comercio contiguo que la afectó, la farmacia volvió a abrirse en un nuevo local, en la misma ubicación, donde se estableció el bioquímico y farmacéutico Abraham Vaisman, quien en 1945 le cambió el nombre por Doctor Vaisman.

El profesional, oriundo de la entrerriana ciudad de Concepción del Uruguay, también ejercía su profesión en Allen, Río Negro, y agobiado por tanta actividad llamó a su cuñado y colega Bernardo Goldemberg -ambos se habían graduado en la Universidad del Litoral- para que se hiciera cargo de la farmacia neuquina. En 1952, Goldemberg adquirió

el fondo de comercio y le devolvió a la farmacia el nombre original. Desde entonces, continúa funcionando y actualmente la dirige su hijo Armando.

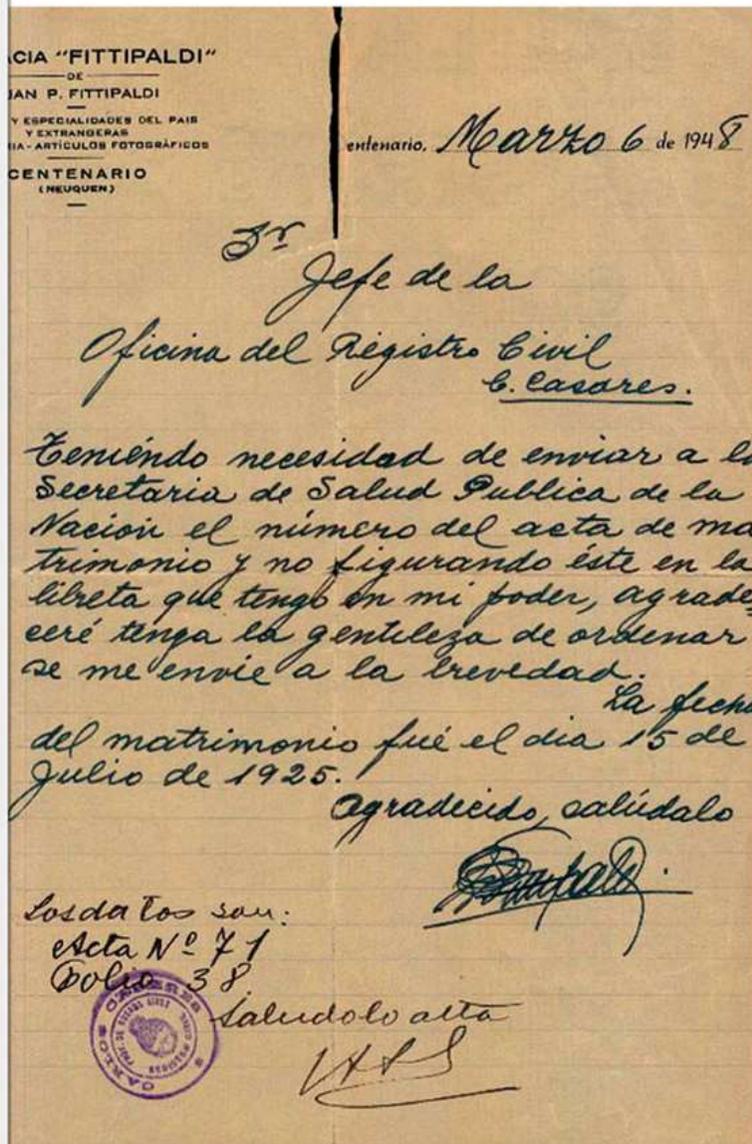
En tanto, en 1941, llegó desde La Plata el farmacéutico Pedro Ignacio Luis e instaló la farmacia Luis, en la intersección de J. B. Justo e Hipólito Yrigoyen, que la dirigió hasta 1955, año en que se registró su última firma en el libro recetario. Acaso impulsado por profundas añoranzas, Luis decidió regresar a su ciudad de origen y vendió la farmacia.

Un año después, fue transferida a una sociedad conformada por Justo Rodríguez, idóneo formado bajo el ala de don Javier Salvadó, Placer Leoz y Venancio Calvo, oriundo de Córdoba, que la dirigió técnicamente. Tras años de trabajo, la farmacia Luis fue adquirida luego por otra sociedad que finalmente cerró sus puertas en 2002.

Esposos y colegas

Plácida Gona, conocida como Monona y oriunda de Mar del Plata, y Jorge Fittipaldi, de Buenos Aires, se conocieron, se enamoraron y se graduaron juntos en Farmacia, en 1956, en la Universidad Nacional de La Plata. Y desde ese año, en que se casaron, apostaron su futuro profesional y familiar en Neuquén, donde abrieron el 12 de diciembre

Bernardo Goldemberg llegó a la ciudad para ayudar a su cuñado y luego adquirió la farmacia Neuquén en 1952, que sigue funcionando en la actualidad a cargo de su hijo Armando. En la otra página, documentación de la Farmacia Fittipaldi.



OTRAS HISTORIAS
 El festejo del carnaval fue adoptando distintas formas a través de los años, pero una costumbre que reinó siempre en Buenos Aires fue la de arrojar agua. Durante el siglo XIX, se utilizaban todo tipo de recipiente, desde jarros, hasta los huevos vaciados y rellenos de agua con olor a rosa, pasando por baldes, jeringas o cualquier otro instrumento válido para empapar a los demás. A fines del siglo XIX, aparecieron nuevas y modernas armas para estas batallas: los pomos Cranwell, que tomaron su nombre de la farmacia Cranwell, en donde se vendían.

la cuarta farmacia de la ciudad, ya que para ese entonces la Cordillera hacía años que había dejado de funcionar. "Había 25 mil habitantes y las calles de asfalto eran sólo las céntricas. Los primeros 10 años fueron muy duros, de muchísimo trabajo", relata Monona, viuda de Jorge desde 1989.

Previamente, en 1947, se había establecido en Colonia Centenario, distante a unos 18 kilómetros de la capital neuquina, el idóneo Juan Pablo Fittipaldi, padre de Jorge, que por años dirigió la única farmacia de ese poblado y que los animó a instalarse en Neuquén. Las tareas entre los jóvenes colegas estaban bien delimitadas. Monona se ocupaba de las cuestiones administrativas, al tiempo que se especializaba en cosmetología médica, viajes y cursos a la metrópoli porteña mediante. Y sorprendía a las asiduas clientas con exhibiciones de cosmética desconocidas en la Neuquén de aquellos años, en los que reinaban los peinados bien batidos y las pestañas postizas. "Cuando invité al maquillador Mastrángelo -hermano de Eber, el entonces jugador de fútbol- a realizar una demostración de maquillaje ¡fue todo un boom, una revolución!", rememora complacida Monona.

En cambio, a "Jorge -detalla- le apasionaba el laboratorio. Es más, con las algas del domuyo que traía don Gregorio Álvarez, un reconocido médico que



Monona Fittipaldi se especializó en cosmetología médica. También se ocupó durante muchos años de la administración del negocio familiar y aún hoy, ya retirada, concurre asiduamente a la Farmacia Centenario, que dirige su hijo Marcelo.

recorría a caballo la cordillera en busca de plantas medicinales, los dos pasaban horas procesándolas en el mortero y creando pomadas".

Así, mientras la farmacia crecía -con permanentes remodelaciones y ampliaciones- y el trabajo y los empleados aumentaban, Monona y Jorge tuvieron una hija y un hijo, Marcelo, que heredó la vocación familiar y hoy dirige la Farmacia Fittipaldi, en la ciudad neuquina donde se había afincado el abuelo. Por un tiempo, las tres generaciones coincidieron cada una con su farmacia.

Además, el matrimonio fue impulsor de la fundación, junto con Mario Salvadó y otros profesionales, del Colegio de Farmacéuticos de Neuquén, del que fueron presidente y secretaria en varias oportunidades.

"Jorge fue presidente de la

Biblioteca J. B. Alberdi. También intervino en una empresa de sepelios y en otra automotriz; además, fue presidente de la Cámara de Industria y Comercio de Neuquén. Y en 1983 fue candidato a gobernador por el Partido Intransigente; una noche Oscar Alende comió un asado en el quincho de mi casa -desanda Monona, risueña, las múltiples actividades de su marido-. Era un fuera de serie, muy simpático y entendedor, se destacaba por el don de gente. Y, en realidad, él podía dedicarse a tantas cosas porque sabía que yo me quedaba en la farmacia".

Tras su fallecimiento, ella continuó al frente de la farmacia por 9 años más hasta que por cuestiones de salud decidió cerrarla. Sin embargo, la activa marplatense muchas mañanas concurre a la farmacia de Centenario que, al mando de Marcelo, perpetúa el nombre familiar.

PÓCIMA FATAL

Durante los años fundacionales del territorio neuquino, a falta de médicos y farmacéuticos particulares, la atención de la salud de los primeros pobladores estuvo en manos de profesionales del ejército, que provistos de botiquines de emergencia se ocupaban por igual de soldados y civiles. En 1904, el doctor Julio Pelagatti, médico de la gobernación, fue el primero en establecerse en la nueva capital, proveniente de Chos Malal, según refiere el historiador Ángel Edelman.

Así, ante la escasez de facultativos diplomados y de establecimientos públicos de atención de salud, la suerte de los enfermos podía correr por carriles diversos. Y era usual recurrir a curanderos que, con saberes adquiridos por la tradición oral, muchos asimilados por las prácticas de los indígenas de la zona, y diversos elementos prodigados por la naturaleza, sustitúan la falta de médicos matriculados.

Claro que en esas circunstancias se corría el riesgo de seguir métodos terapéuticos de desenlace incierto. La anécdota que relata Edelman es elocuente: "*Leemos en un suelto de 1908 la noticia de la detención en Ñorquín de: Emilio Soto, por ejercicio ilegal de la medicina, habiendo concedido pasaporte para el otro mundo a un pobre diablo que se arremangó a tomar las posiciones consistentes en un litro de agua compuesta con guano de ratón negro, orines de piche y lana quemada de oveja tuerta. La verdad es que la medicación era como para reventar al mismo diablo en persona*".

Tras varios y frustrados intentos por edificar un hospital, recién en 1909 se instala en Neuquén una precaria enfermería atendida por el doctor Pelagatti y en 1913, en un local alquilado, se establece la primera y pequeña Asistencia Pública, equipada con 15 camas y dirigida por el doctor Ventura Robledo. "Como un cuarto de siglo después se construyó el edificio propio, con dos salas, una para cada sexo, con la denominación de Sala de Primeros Auxilios", detalla Edelman.

OTRAS HISTORIAS

El Código de Hammurabi, encontrado a comienzos del siglo XX, es la recopilación de leyes más antigua que se conoce. Del siglo XVIII a.C., fue promulgado en Babilonia, durante el reinado de Hammurabi, e incluye 282 artículos, de los cuales 11 se refieren a la práctica de médicos y veterinarios. Además de las obligaciones que tenían estos profesionales y las sanciones que sufrirían por no cumplirlas, están establecidos los honorarios que debían cobrar según la categoría social del enfermo.

PLANTAS MÁGICAS

Entre los aborígenes mapuches, antiguos habitantes de la región de Neuquén, algunas plantas eran consideradas sagradas por su benéfico efecto curativo.

Según afirma el doctor Gregorio Álvarez -ya fallecido-, en su libro El tronco de oro: "El ampípe o médico empírico utilizaba principalmente de entre los árboles, el canelo y el boldo, consideradas plantas mágicas que actuaban por simple presencia. Las hojas eran utilizadas para infusiones y fricciones. Y la flor de la ceniza de ambos árboles se empleaba para baños y compresas en los dolores reumáticos. (...) e incorporada a la grasa del cerdo era usada en las enfermedades de la piel y como depilatorio eficaz. Posiblemente a tal virtud se debiera la ausencia de vello en las jóvenes mapuches".

Para las románticas cuestiones del corazón, en cambio, se utilizaban plantas "que actuaban por acción propia -poseedoras de propiedades curativas intrínsecas- y mágica. Entre éstas se pueden anotar las que servían para preparar filtros de amor y estímulos eróticos. De entre las primeras las había para atraer, separar, reconquistar y acrecentar el amor, así como para abatir el de los rivales. Entre los eróticos figuraban el melio lahuén, la paramela y otras. (...) Servían asimismo para evitar la canicie y la calvicie, además de prolongar la vida".

OTRAS HISTORIAS

Varios papiros

hallados durante

el siglo XIX reve-

lan cómo era la

medicina y la

farmacia en el

antiguo Egipto.

El llamado "Ebers"

es un rollo de

20,33 centímetros

de largo y 30 de

ancho, que con-

tiene 877 recetas

vinculadas con

una gran variedad

de síntomas.

Está organizado

según diferentes

enfermedades y,

en el final, da

información de

carácter anatomi-

co, fisiológico

y patológico.

A SÓLO 100 KILÓMETROS. EN CUTRAL CÓ

Huyendo de la Primera Guerra Mundial, como tantos europeos, el italiano Hugo Bitesnik vino a la Argentina, junto a su madre y hermana, con la esperanza de encontrar un futuro más promisorio. Y al poco tiempo de llegar se empleó en una farmacia del barrio porteño de Palermo donde aprendió todos los secretos del laboratorio, lo que quedó demostrado, en 1935, en un excelente examen en la Universidad Nacional de La Plata, que le permitió graduarse como idóneo.

Tras casarse con Gracia Olibrio, con quien tuvo dos hijos, Teresa y Hugo, partió a Río Negro y en 1937 abrió, en Cervantes, una farmacia que no prosperó. De allí se instaló en Colonia Centenario, Neuquén, y en 1940 abrió la primera farmacia del poblado en la que "ofició de farmacéutico, médico, partero...", recuerda su hija.

Pero allí, donde la comida en la mesa familiar no faltaba, porque los remedios se pagaban con pollos, frutas y verduras, las finanzas de la farmacia, evidentemente, no cerraban. Por eso en 1947 se la vendió a Juan Pablo Fittipaldi, para ir a probar suerte en el joven y prometedor Cutral Có, ubicado a 100 kilómetros de Neuquén. El pueblo se había fundado en 1933 bajo el auspicioso augurio del oro negro descubierto en la zona y contaba con la farmacia de Roberto Robles Bentham, quien recibió entusiasmado la compañía del colega.

Don Hugo instaló la farmacia San Francisco en la céntrica calle Roca y luego la trasladó a San Martín 143, donde al lado edificó su casa. "Tenía mucho prestigio, porque mi padre era una niña trabajando en el laboratorio, que parecía un quirófano. Hacía las fórmulas magistrales y muchas pomadas de su autoría, que nunca quiso patentar. Y en ese entonces las petroleras se las llevaban al campo por kilos. Preparaba pomadas para sabañones, la diadermina para las manos, untura blanca, aceite verde para hacer fricciones, jarabes para la tos", enumera Teresa.

Su dedicada profesión no le impidió participar en la sociedad local, en la que fue presidente de la Sociedad Italiana y entusiasta integrante del Rotary Club.

"En Cutral Có -afirma Teresa-, papá pasó una temporada muy feliz, de trabajo fructífero, distinta a las que vivió en los otros pueblos. Y en 1982, cansado de tanto trabajo, se fue a Buenos Aires con la esperanza de volver, aunque nunca lo hizo. Hoy tiene 94 años, vive con mi mamá, que tiene 86, y aún sigue extrañando la farmacia."

Datos históricos

- En octubre de 1878, se promulga la ley N° 954 que crea la Gobernación de la Patagonia, que comprendía los actuales territorios de Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, con sede gubernativa en Mercedes de Patagones, actual Viedma.
- Entre 1879 y 1883, tras varias incursiones militares de la denominada Conquista del Desierto, el ejército expedicionario desplaza definitivamente a los aborígenes hacia la cordillera de los Andes y se asienta en la región de Neuquén.

- Se crea el Territorio Nacional del Neuquén, en 1884, según la ley N° 1532, y el coronel Manuel Olascoaga es nombrado gobernador.

- En 1887, Olascoaga funda Chos Malal, que es declarada capital del territorio.

- En 1902, se habilita el puente ferroviario que permitió extender la línea del Ferrocarril Sud desde Cipolletti hasta la estación Neuquén.

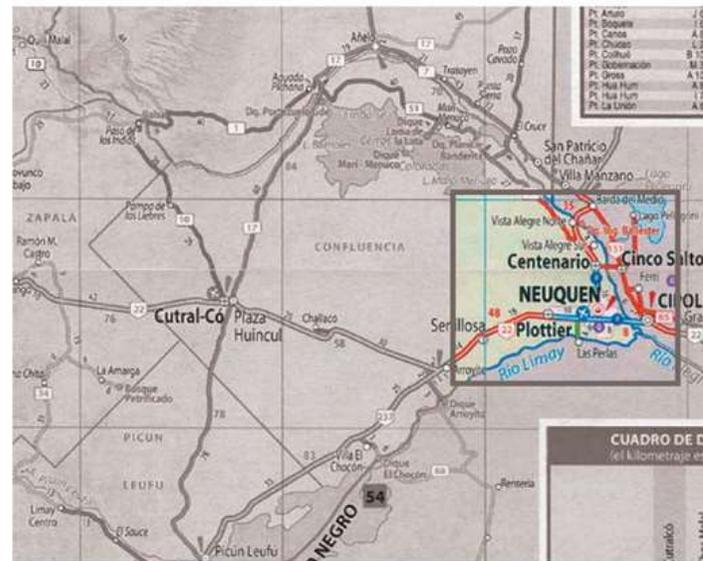
- La capital se traslada a Neuquén, por iniciativa del gobernador Carlos Bouquet Roldán, quien la funda oficialmente con ese nombre el 12 de septiembre de 1904.

- En 1905, se inaugura la sucursal del Banco de la Nación Argentina y por decreto del Poder Ejecutivo Nacional se organiza el Concejo Municipal.

- En 1937, se inaugura el puente carretero sobre el río Neuquén que une a la ciudad con la vecina Cipolletti, en Río Negro.

- Desde 1955 Neuquén es una más de las provincias argentinas, por disposición de la ley N° 14408.

- En 1961, es designado como primer obispo de Neuquén monseñor Jaime de Nevares.



BIBLIOGRAFIA Y AGRADECIMIENTOS

Actas de las primeras jornadas de Historia de la Medicina y de la Farmacia iberoamericanas, Buenos Aires, 1971.

Actas de las primeras jornadas de Historia de la Farmacia Argentina, Tucumán, 1973.

ÁLVAREZ, G.; El tronco de oro. Folklore del Neuquén; Siringa Libros; 1981.

BONI, E.; Guía comercial e industrial de la provincia de Santa Fe; Santa Fe; 1895.

CENTENO, R.; Evocaciones históricas de Río Cuarto; Municipalidad de Río Cuarto; abril 1967.

CERVERA, F.G.; Historia de la medicina en Santa Fe; Ed. Colmegna; Santa Fe; 1973.

CIGNOLI, F.; Historia de la farmacia argentina; Librería y editorial Ruiz; Rosario; abril 1953.

EDELMAN, Á.; Primera historia del Neuquén. Recuerdos territorianos; Editorial Plus Ultra, 1991.

GONZÁLEZ LANUZA, M.M. D. de; Historia de las Ciencias Farmacéuticas y Bioquímicas; Centro Editor Argentino; Buenos Aires; junio 1981.

LÓPEZ ROSAS, J.R.; Santa Fe. La perenne memoria; Santa Fe; 1999.

NEIRA RODRÍGUEZ, M.M.; Primeras farmacias del Territorio Nacional de Neuquén. Investigación presentada en Buenos Aires en la V Reunión Rihebecqb, Historia de la materia médica Europa-América; octubre de 1997.

VALENTINUZZI DI PUSSETTO, L.; El barrio del puerto; Ed. Colmegna; Santa Fe; noviembre 1996.

VARIOS AUTORES; Santa Fe, rastros y memorias; Diario El Litoral; fascículos publicados entre mayo de 2000 y abril de 2001.

VARIOS AUTORES; Orígenes de la medicina en Santa Fe; Ed. del Colegio de Médicos de la 1ª Circunscripción Provincia de Santa Fe; Santa Fe; 1993.

VITTORI, G.; Santa Fe en clave; El Litoral; 1995.

REVISTAS Y DIARIOS CONSULTADOS:

El Litoral de Santa Fe, La farmacia argentina (Santa Fe), El farmacéutico del Litoral, diario Río Negro, diario Sur Argentino, Revista del Cincuentenario de Neuquén (Editorial Neumann, 1954), Neuquén. El libro de oro del centenario (2004), Por siempre Neuquén, Historias de la ciudad.

Para este trabajo hemos contado con la inestimable colaboración de:

Archivo General de la Nación (AGN), Farm. Adriana Cuello, personal del archivo del diario El Litoral (Santa Fe), Elda de Bianchi, Ana y Cala Romero, Manuel Irigoyen, Colegio de Farmacéuticos de la Provincia de Santa Fe 1º circ., Colegio de Farmacéuticos del Neuquén, Colegio de Farmacéuticos de Río Cuarto, Farm. María Mavilia Neira Rodríguez, Farm. Sergio Gazzola, Mario Burkman, personal del Museo Municipal Gregorio Alvarez (Neuquén), Olga Salvadó, Monona Gona de Fittipaldi, Marcelo Fittipaldi, Carlos Mayol Laferrère, Dr. Ricardo Omega Petrazzini, Raúl Rosso, Víctor Osvaldo Sáez, Alfredo y Gustavo Terzaga, Farm. Leonardo García, Farm. Patricio Sainz, Julia Varela Geuna.

¿Usted tiene datos interesantes sobre las farmacias de su pueblo? ¿Conoce historias o protagonistas? ¿Dispone de material gráfico (fotos antiguas, recetarios y otros documentos) o relatos que permitan reconstruir la historia de esta profesión? Si quiere contribuir a difundirlos, envíelos o díganos cómo podemos acceder a ellos a fundandopueblos@yahoo.com.ar. Esperamos que esas contribuciones puedan ser divulgadas en publicaciones futuras.

FUNDANDO PUEBLOS

EN HOMENAJE
A LA PROFESION
FARMACEUTICA
ARGENTINA